

Tres pretendientes para Marion

EVANGELINE CRUZ

Selecta

Tres pretendientes para Marion

Evangeline Cruz

Selecta

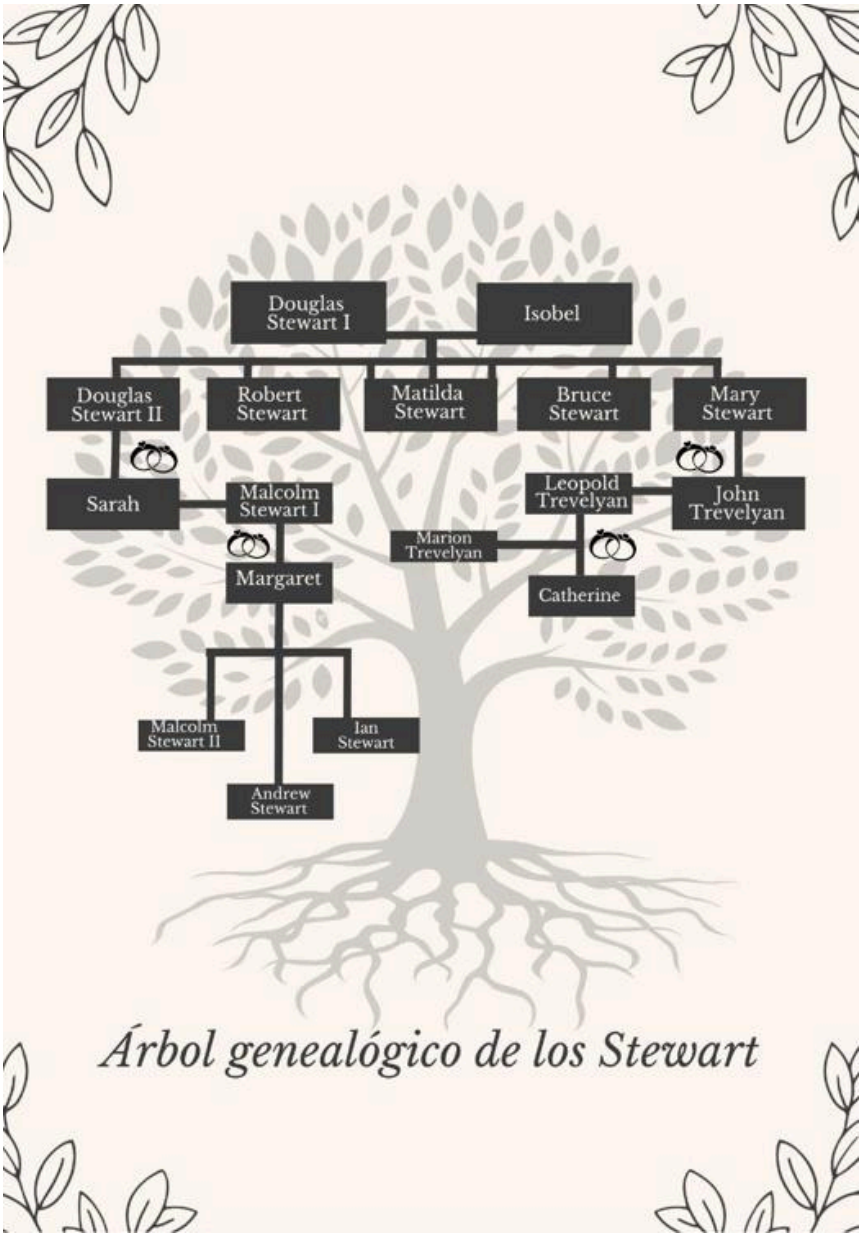


Imagen del árbol genealógico de la familia Stewart

Capítulo 1

El carruaje avanzaba traqueteando, dando tumbos por el terrible camino que conducía a la mansión Stewart, propiedad del conde de Rothes. Dentro viajaban Catherine Trevelyan y su hija Marion.

La dama de mayor edad contemplaba el paisaje con una sonrisa dulce, y ante el incómodo bamboleo del vehículo se mostraba resignada, sin perder un ápice de su elegante compostura.

Su hija, en cambio, suspiraba fatigada, resoplaba, incluso, como buey que tira del arado, cada vez que un incómodo bache la zarandeaba inclemente en el cubículo.

Habían pernoctado en Keith, aunque la distancia hasta su destino era de apenas once millas. Catherine Trevelyan creyó conveniente una noche de descanso y una mañana de preparativos para presentarse ante sus anfitriones con la mejor cara y ánimo posibles. Sin embargo, reconocía lo que Marion con la mirada le insinuaba: ¿qué clase de conde mantenía sus caminos en tan lamentable estado?

—Espero que la mansión se encuentre mejor conservada que este sendero de cabras. No me extrañaría nada que se lloviera. No quiero pensar que haya goteras sobre mi cama.

—Marion..., ten paciencia —le pidió su madre a sabiendas de que

aquello no era su fuerte y que no iba a callarse nada que no fuera de su agrado mientras durara la visita—. De seguro podrás arreglar a tu gusto la casa cuando matrimonies.

La muchacha la fulminó con la mirada.

—Da por sentado que lo haré...

—Ya has escuchado a tu padre. Es su voluntad... y la mía.

—¿Y la joven que va a ser sacrificada no tiene derecho a expresar su opinión?

—¿Sacrificada? Hablas como si esto fuera una tortura.

—¡Lo es, madre! Usted y padre van a obligarme a matrimoniar con alguien que no es de mi agrado.

—¡Por Dios, Marion! Ya hemos hablado de esto en Londres y todo el camino hasta llegar aquí. De hecho, llevamos discutiéndolo desde hace varios meses. No puedes decir que alguien no es de tu agrado si no lo conoces. Además, vas a poder elegir entre cualquiera de tus tres primos.

—Sí, ¡qué suerte! —exclamó sarcástica.

—Marion, tienes veintidós años. Te hemos dado tiempo suficiente desde tu presentación en sociedad para que encontraras a alguien adecuado y, sin embargo, te has pasado los últimos cuatro años entre bailes y festejos sin que te hayas decidido. Has dejado pasar grandes oportunidades y tu padre y yo misma no estamos dispuestos a consentir que no cumplas con tus obligaciones.

—Casarse no debería ser una obligación.

—Lamentablemente, para las mujeres de nuestra posición lo es. Sabes que si no te casas vivirás sola el día que ya no estemos y tu posición social se reducirá considerablemente. A tu padre y a mí nos agradaría saber que hay alguien que vela por ti, te cuida y te ampara para que nada te falte en el otoño de tu vida.

—Queda mucho para eso...

—Aún puedes permitirte elegir, querida, pero pronto no podrás hacerlo. La vida es dura para las de nuestro sexo.

—¿Por eso debo casarme, aunque no me apetezca, y convertirme en una paridora compulsiva?

—¡Marion! Tener hijos es un regalo de Dios. Yo solo te tuve a ti, aunque bien sabes que me hubiera gustado darte hermanos para que te sintieras acompañada. Sin embargo, no pudo ser.

—Debería haber tenido un varón.

—No digas eso, me siento muy feliz de tenerte... a veces, cuando no te pones tan insoportable como ahora.

—Bueno, al menos voy a hacer realidad el deseo de papá..., que uno de los títulos del bisabuelo regrese a la familia.

—Celebro que lo entiendas. Tu abuela Mary fue la hija menor del conde de Rothes y se casó con John Trevelyan, un caballero sin título. Todos sus hermanos mayores, incluyendo su hermana Matilda, que matrimonió con un aristócrata, pudieron presumir de títulos nobiliarios y dejarlos en herencia a sus hijos. Esto siempre le causo desazón y se consideró en desventaja con respecto a sus parientes. Quizá, sin querer, inculcó en tu padre la necesidad de mantenerse en un ambiente aristocrático. Yo no pude aportar gran lustre al matrimonio al ser solo la hija de un barón, por eso tu padre sueña con casarte con uno de tus tres primos y que alguno de los títulos del bisabuelo se quede en la familia Trevelyan cuando un hijo tuyo los herede.

Marion resopló sin ninguna consideración. Su madre la ignoró y continuó:

—Deberías estar agradecida por la permisividad de tu padre a lo largo de todos estos años. Pero ya que no hay ningún pretendiente de tu agrado a la vista, Leopold ha actuado con sensatez y responsabilidad. Te reitero la suerte que tienes de poder elegir entre

tres caballeros...

—¿Y cómo sabe que ellos estarán dispuestos...?

—Oh, tu padre y el suyo ya lo hablaron, y ellos son conscientes del motivo de tu visita.

—Madre..., me siento como alguien que camina hacia el patíbulo.

—¡No seas exagerada!

—Tres escoceses para elegir y apenas recuerdo la única vez que los vi de niña. De lo que sí me acuerdo era de lo feos que eran, esas cabezas rojizas, esas caras sucias y los mocos colgando... Incluso se enzarzaron en una pelea en el jardín de casa.

Catherine no pudo evitar sonreír ante el recuerdo de Marion.

—Eran unos niños... Es normal que tuvieran babas o fluidos de cualquier clase... y que se pelearan entre ellos.

—Como si fueran unos rufianes callejeros...

—Tu tío les daba una educación bastante liberal, pero me consta que después estudiaron en un reputado internado y se han convertido en auténticos caballeros. Tu padre no puso un solo reparo en cuanto a su comportamiento cuando vino a verlos —le aseguró intentando que no se notara que no era del todo cierto.

—¡Qué pena que padre no pueda casarse con ellos!

—Marion... —Catherine elevó los ojos al cielo y decidió no continuar con una conversación que se repetía desde hacía días y acababa siempre con el mismo resultado. La terca muchacha se mostraba inflexible. Si, al menos, decidiera abrirse a la posibilidad de darles una oportunidad... Ella era una mujer optimista, así que compuso una ensayada sonrisa y se repitió mentalmente que algún día su hija dejaría de hacer su santa voluntad y se plegaría a los deseos paternos. Una vocecita interior le susurró que eso no sucedería, pero la apartó de un plumazo. Emplearía todas sus energías para que Marion se mostrara agradable y poco a poco se

permitiera conocer a sus primos. Quién sabe, tal vez no fuera tan difícil y la muchacha se sintiera atraída por alguno, se dijo no muy convencida.

Capítulo 2

Malcolm Stewart contemplaba pensativo, con las manos en los bolsillos, el paisaje que se extendía más allá del jardín trasero de su casa. Nubes oscuras se arremolinaban en el horizonte, anunciando una pronta lluvia. Se preguntó si eso no sería un presagio de lo que estaba por venir. Su humor se encontraba, en esos momentos, tan oscuro como el cielo.

Un manotazo sin contemplación en su ancha espalda lo avisó de la presencia de Ian, su hermano pequeño.

—¿Qué sucede? No te estarás escondiendo, ¿no? —le dijo el recién llegado soltando una carcajada.

—¿Por qué debería esconderme?

—Bueno, tienes la gran responsabilidad de ser el anfitrión de nuestra querida prima y su madre, quienes están a punto de llegar.

—Mi responsabilidad es ligeramente mayor a la tuya, nada más. Y no creas que eso me asusta. Tan solo me incomoda. No estoy acostumbrado a la compañía femenina más que en ocasiones puntuales y a mi antojo. En cambio, estoy seguro de que tus encantos les resultarán de lo más agradables y te convertirás en su favorito enseguida.

Ian soltó una estruendosa carcajada.

—¿Detecto unos ligeros celos, hermano?

—En absoluto. —Rio Malcolm—. Y como muestra de ello te diré que pienso ausentarme tanto como pueda mientras ellas estén por aquí, para que tú tengas ocasión de agradarlas y seducir a la joven. Te será fácil hacerlo, no en vano tienes una amplia experiencia.

—Oh, no puedo permitirme enamorar a la hija de Leopold Trevelyan..., me obligaría a casarme con ella. Y soy muy joven para morir... Apenas tengo veintitrés años y toda una vida por delante. En cambio, tú tienes ya... ¿Cuántos?, ¿veintiocho? Creo que te estás convirtiendo en todo un solterón, deberías ser tú el que...

—¿Bromeas? Si hubiera querido casarme ya lo habría hecho. No tengo ningún interés, olvídalo.

—Entonces tal vez sea nuestro tímido y prudente Andrew el adecuado. Siempre anda con la nariz metida entre libros de cuentas, legajos y lecturas. A menos que una joven salga de entre las páginas de un libro, dudo mucho que hable con alguna. Quizá él debería ser el elegido, le haríamos un favor.

—No me parece mala idea... Espero que la señorita Trevelyan le parezca, cuanto menos, aceptable.

—¿Por qué no habría de serlo? A mí me parece que todas las mujeres tienen alguna gracia especial. Podría enamorarme de cualquiera de ellas...

—Claro..., y en cuanto encuentras esa gracia procedes a desenamorarte con mayor facilidad... Ian, me encantaría verte casado y a salvo de esos asuntos de faldas a los que acostumbras, pero no te acerques a ella si tus intenciones no son honorables. No quiero ningún disgusto con nuestro tío.

—Ya te lo he dicho... aún me queda mucho por vivir. Espero que al menos no tenga una belleza tentadora o se me va a hacer muy difícil convivir con ella.

—No lo creo. Una joven de veintidós años que asisten regularmente a veladas sociales desde los dieciocho y aún no ha encontrado esposo no parece ser el tipo de mujer que destaque por su belleza o una personalidad atractiva.

—¡Vaya! Entonces crees que no podremos recrearnos en los encantos de la señorita Trevelyan...

—Estoy seguro de ello. Espero, al menos, que sea lo suficientemente agradable como para que Andrew encuentre algo interesante en su persona —caviló en voz alta el mayor de los Stewart.

—Siempre podemos esconderle las gafas para que no tenga en cuenta los detalles.

El mediano de los Stewart, Andrew, apareció en ese momento con sus anteojos torcidos, nervioso, asomado a la puerta que daba al jardín.

—Eh, vosotros... Un carruaje acaba de detenerse frente a la puerta de entrada.

Ian y Malcolm se miraron, cogieron aire y se dispusieron a dar la bienvenida a sus invitadas.

Catherine Trevelyan bajaba auxiliada por su cochero en el momento en que los Stewart salían a la entrada de su casa a darles la bienvenida. Debían haberlas estado esperando en cuanto el carro enfiló el camino de entrada a la magnífica mansión, pero no lo habían hecho y ahora se los veía apresurados. Esperaba que esa ligera descortesía no fuera tenida en cuenta por Marion. En cualquier caso, la vivienda parecía encontrarse en magníficas condiciones, nada presagiaba que hubiera goteras, y los tres caballeros mostraban una apostura impecable.

—Bienvenida a la casa Stewart, señora Trevelyan. Es un placer

recibirla en nuestras tierras —la saludó gentil uno de ellos que, sin duda, sería el mayor de todos.

—Muchas gracias, conde de Rothes —saludó la mujer animosa.

Desde el interior del carruaje se oyó un resoplido y al poco una figura femenina con cara de pocos amigos salió al exterior.

—¿Usted debe ser...?

—Es mi hija, lord Stewart.

Marion se tomó su tiempo para poner los pies en el suelo. Lo hizo tras una inspección rigurosa.

—¡Vaya! Celebro que el camino de entrada a su mansión esté en mejores condiciones que el que nos ha traído desde Keith. Pensé que tendría que vadear charcos para entrar en la casa Stewart.

Malcolm la miró entre sorprendido y molesto.

—¿Han tomado el camino de Kinglassie? Hace años que no se usa... Avisé a su padre por carta cuando supe de su decisión de alojarse entre nosotros. En el cruce de Kinglassie a Markinch hay indicaciones acerca de qué carretera seguir, además. Debieron haber tomado la de la izquierda.

—Lo siento mucho, señora. —Se oyó la voz del atribulado cochero—. El señor Trevelyan me puso al tanto de las indicaciones, pero me temo que las confundí.

—No se preocupe, señor Stanford. Nada se puede hacer ya, pero... ¿se encargará de avisar al carruaje que nos sigue y en el que viajan las doncellas con nuestros baúles?

—Claro, señora. Enseguida.

Los criados se hicieron cargo de los caballos y el vehículo. Lord Stewart se disculpó:

—Siento mucho que hayan tomado la carretera equivocada. Está en penosas condiciones, ciertamente. La ruta de Pilgrim desde el cruce es mucho más cómoda y corta. Si no hubiera granjas en el

otro camino, ya habríamos prohibido su entrada.

—Estoy segura de que no volverá a suceder. Nuestro cochero, el señor Stanford, lo tendrá en cuenta.

—Lástima que las instrucciones no fueran más claras, quizá... Siento que se me ha desprendido la carne de los huesos después de tanto traqueteo —se quejó Marion.

—Le reitero mis disculpas, señorita Trevelyan, señora —replicó con hastío Malcolm—. Permítame presentarles a mis hermanos. Andrew, vizconde de Fenton, es el mediano, e Ian, barón de Fordell, el menor. Mi nombre es Malcolm.

Andrew e Ian, que las esperaban a pocos pasos de ellos sin decir una sola palabra, observantes, asintieron entonces con la cabeza y murmuraron unas palabras de bienvenida a su vez.

Andrew, de cabello cobrizo que viraba hacia el dorado, lucía gafas de miope en su atractivo rostro. Era delgado y el más alto de los tres, y esperaba con las manos a la espalda y una expresión tímida.

Ian, por su parte, sonreía con una expresión burlona. Era ligeramente más bajo que el anfitrión y sin embargo destacaba por su atrayente rostro, en el que unos deslumbrantes ojos verdes llamaban la atención. Su cabello era de un vivo color rojo y los escasos rayos de sol parecían posarse justo sobre ellos. En cuanto los ojos de Marion hicieron contacto con los suyos, estos chispearon y una amplia sonrisa asomó a su cara.

En cuanto al anfitrión, y al que Marion quiso culpar de los males del camino y de su dolorido cuerpo, no podría decirse que fuera menos agradable físicamente que sus hermanos. Su cabello era castaño con hebras rojizas. Sus ojos no eran tan llamativos como los del menor, pero sus facciones eran armoniosas y lucía una cuidada barba que le daba un aspecto muy varonil. Era ancho de hombros y

espigado y, sin duda, el más serio de los tres.

Malcolm las invitó a pasar, no sin antes escuchar a la señora Trevelyan, quien le explicó el asunto que mantenía ausente a su esposo y del que el conde ya había sido puesto al día gracias a una carta que el propio Leopold le envió. Se situó junto a la señora Trevelyan y Marion quedó atrás, acompañada por Ian. Andrew cerraba la comitiva. Entraron en la mansión.

—El señor Lowry, nuestro despistado párroco, también equivocó el camino el último día de su visita —le contó Ian a Marion—. Tuvimos que ponerle un cojín sobre sus posaderas todo el tiempo que estuvo aquí. No dude en pedir lo que necesite, señorita Trevelyan.

Marion miró sorprendida a su descarado acompañante, cuya expresión angelical e inocente lo hacía parecer ajeno a la insinuación que acababa de proferir. La joven no se arredró y le contestó sin miramientos:

—¡Qué inapropiado consejo, barón Fordell! Supongo que no acostumbran a recibir damas en su casa.

—No, por cierto. Y puede llamarme Ian, si lo desea. Al fin y al cabo, somos primos.

—Lejanos, por lo que prefiero seguir llamándolo por su título, si no tiene inconveniente.

—Como desee...

Además de una respuesta que era casi un susurro, Marion recibió una mirada insinuante que le mostró con bastante claridad qué clase de individuo era Ian Stewart. Un hombre pagado de sí mismo y conocedor de sus encantos. Si ella hubiera sido una muchacha sin experiencia en la vida, tal vez la hubiera podido hechizar con su atractivo, pero el tiempo pasado en bailes y festejos no había sido desaprovechado como su madre pensaba. Aquellos divertidos días

en compañía de sus amigas Diana y Alice habían sido de lo más interesantes, didácticos y productivos. Si Ian Stewart creía que tan solo con un batir de pestañas y palabras susurrantes iba a hacerla caer rendida, estaba más que equivocado.

Oyó al mayor de los Stewart pedir que las acompañaran a sus habitaciones para descansar un rato antes del almuerzo. Su madre aceptó y ella se sintió aliviada. Le apetecía mucho tumbarse en una confortable cama y hacer que sus huesos volvieran a su sitio después del viaje y, sobre todo, desaparecer de la vista de los tres caballeros que la miraban, estaba segura, calibrando sus encantos y preguntándose qué clase de muchacha sería en todos los aspectos... incluso en los más sensuales. No podrían evitarlo. Al fin y al cabo, se suponía que acabaría convertida en la esposa de alguno, pero Marion Trevelyan aún no había dicho la última palabra.

Capítulo 3

—No podías estar más equivocado —le aseguró Ian a Malcolm en cuanto las damas se marcharon.

—¿A qué te refieres?

—En lo de que sería una dama con muy pocos encantos puesto que no había conseguido pescar a ningún caballero a sus ¿veintidós años?

—Y no lo ha hecho...

—Pero es ciertamente muy agradable, más que eso... ¿no piensas como yo, Andrew?

—Sí, sí es agradable, muy guapa... —asintió el joven sonrojándose.

—¿Y qué? ¿Qué sabemos de su carácter? —apuntó Malcolm—. Sus primeras palabras han sido de queja, antes incluso de presentarnos... Y yo no la veo especialmente hermosa, así que por mi parte tenéis carta blanca para convencerla de que se convierta en vuestra esposa. Y no la trates como un capricho, Ian, ya te dije lo de respetar a Trevelyan.

—En teoría tú deberías ser el elegido, Malcolm, eres el mayor —opinó Andrew.

—¿Por qué? Trevelyan quiere un título, tanto le da que sea el de

conde, como vizconde —se dirigió a su hermano mediano— o barón. —Miró a Ian—. Padre y él hablaron cuando éramos unos niños y supongo que habrá dado tiempo a su hija para que se haga a la idea. Sin embargo, en nuestra entrevista para tratar este asunto me pidió que nos encontráramos y tuviéramos la oportunidad de conocernos para intentar que la chispa del interés o del cariño pudiera surgir con uno de nosotros. Fue en extremo considerado para con su hija. Y con nosotros.

—Quizá contigo. Estoy seguro de que te hubiera elegido como el candidato perfecto a causa de tu título y tus propiedades.

—Tal vez le hubiera parecido más interesante para su hija un barón atractivo que le alegrara la vista y le diera nietos guapos.

—Bueno, lo hecho, hecho está... —medió Andrew—. ¿Qué haremos ahora?

—Ya que está aquí, contemplar su belleza y conocer sus bondades... —contestó Ian.

—Soportarla... —aseguró Malcolm.

Andrew los miró algo confundido. Ian se dirigió hacia la puerta para salir, y al pasar por su lado le susurró:

—Déjate llevar y que gane el mejor.

Malcolm, que no lo había oído, también se puso en marcha.

—Tengo muchas cosas que hacer y un rato de tranquilidad hasta el almuerzo. Voy a aprovecharlo.

En cuanto se marcharon, Andrew decidió que él también volvería al estudio, donde lo esperaban sus documentos y libros de cuentas. No creía que su vida tuviera que cambiar demasiado por el hecho de que su prima estuviera entre ellos... si no tomaba en cuenta el propósito y fin de su visita. Llevaba una vida muy solitaria, mucho más que sus hermanos. Quizá Marion Trevelyan había llegado en el momento oportuno, pensó.

Una hora después se encontraron en el comedor. A lo largo de la comida, la señora Trevelyan se mostró amable, atenta y lució una sonrisa casi permanente en su rostro, al contrario de su hija, que permanecía callada y mostraba un rictus como si le hubieran servido acelgas amargas en vez de los platos especiales que les habían preparado para darles la bienvenida.

Salvo por ese matiz, madre e hija eran bastante parecidas. Ambas de constitución delgada, enérgica, de cabellos oscuros, aunque la mayor lucía ya algunas hebras plateadas en el suyo. Ambas tenían los ojos azules, aunque los de la joven eran más oscuros, y la nariz algo respingona, obstinada. Marion, además, atesoraba un encantador hoyuelo en la barbilla, herencia de su padre.

La joven notaba el escrutinio de los caballeros sobre su persona, a pesar del disimulo con que lo intentaban, y aquello la molestaba un poco. Estaba acostumbrada a que ocurriera en reuniones sociales con jóvenes casaderos y sus madres, y no le importaba, pero este caso era distinto puesto que se le había instado a comprometerse por obligación.

—Está muy callada, prima Marion, ¿se encuentra bien?

—Señorita Trevelyan, por favor. Como le expliqué anteriormente, barón, no tenemos confianza suficiente para que nos tuteemos.

—Discúlpeme, entonces. Soy bastante olvidadizo... —se excusó irónico Ian.

Un silencio pesado se apoderó de los comensales durante un rato. El tono alegre y despreocupado de Ian había contrastado sobremanera con el seco y cortante de la joven, por lo que nadie se atrevió a añadir nada a continuación.

La señora Trevelyan fue quien rompió el silencio:

—Creíamos que acabaría lloviendo antes de llegar a su casa, lord

Stewart —se dirigió al mayor, quien presidia la mesa frente a ella. A un lado se encontraba Andrew y al otro Ian, y Marion junto a él.

—Solemos tener un tiempo muy lluvioso en otoño, aunque, a veces, las nubes se limitan a amenazar.

—Y pensar que he cambiado los soleados días en Brighton por esto... —dijo suspirando la joven.

—¡Marion! —Aquel comentario había sido de lo más desconsiderado, como así lo mostraron los rostros sorprendidos de los Stewart—. El otoño también empaña el clima de la costa. Tus recuerdos pertenecen al verano.

—Sí, madre, por supuesto —le contestó, desabrida. Se dirigió al mayor de los hermanos—: Supongo que durante el invierno alguna brisa agradable llegará hasta sus tierras en algún momento, y en los días en que el sol asome podremos salir a pasear.

—Me temo que en invierno la helada caricia de la nieve golpeará su rostro con contundencia si se atreve a salir —le contestó cáustico.

—Tal y como me imaginaba. Estaremos confinadas en su casa. Va a ser toda una experiencia...

—No lo dudo... —le respondió Malcolm en un tono tan irónico como ella misma había empleado.

—¿Le gusta leer, señorita Trevelyan? —preguntó Andrew intentando cambiar la tensa conversación y hacerse agradable a ojos de la muchacha.

—Ah... ¿Cuenta con una biblioteca?

—Así es, de la que me siento orgulloso. Se la mostraré cuando le venga bien y podrá elegir cualquier libro que le interese.

Marion asintió y dedicó una discreta sonrisa al caballero, que relajó el ambiente y fue valorada por todos.

Después del almuerzo, Malcolm les ofreció una visita guiada por la mansión. Apenas habían recorrido una mínima parte de esta

cuando Marion bostezó sin reprimirse y aludió sentirse muy cansada para continuar con el paseo.

—Claro, perdonen que haya sido tan desconsiderado y no tuviera en cuenta su viaje. Las dejo entonces para que puedan descansar, ya continuaremos la visita en otro momento —se excusó el conde, contrariado.

Catherine Trevelyan se lo agradeció, compungida, y siguió a su hija por los corredores hasta llegar a su alcoba. La suya estaba justo enfrente, pero antes de marcharse se aseguró de manifestar unas palabritas a la desconsiderada joven.

—No puedo creer lo que acabas de decir hace un momento ni tu comportamiento en la mesa. Te has portado como una auténtica maleducada. Has hablado con insolencia y desprecio. ¿Se puede saber qué pretendes? —Marion fue a contestarle, pero Catherine la calló con un gesto—. Sé que los primeros días te resultarán incómodos, pero intenta no ser desagradable o crearás una fama sobre tu persona que no te corresponde. Por favor, Marion, piensa dos veces antes de hablar. Eres lo suficientemente inteligente como para que tus palabras y el modo de expresarte no te perjudiquen.

Marion asintió y disimuló un bostezo.

—Esta noche —continuó su madre— vienen a cenar con nosotros el vicario y tu tía abuela Matilda, que nos visitó cuando eras una niña en varias ocasiones. Era la hermana mayor de tu abuela, supongo que la recuerdas. Te pido que tengas especial cuidado con tus comentarios, entonces. Aún no me creo que tenga que decirte esto...

—No se preocupe, madre. Ninguna apreciación desagradable llegará a sus oídos.

Catherine Trevelyan apretó los labios y le dirigió una mirada severa antes de salir.

Capítulo 4

Catherine volvió a dedicarle una mirada de advertencia a su hija antes de entrar en el salón donde el resto de los asistentes a la cena de aquella noche las esperaban.

Marion se mostró atenta al ser presentada al vicario, y en cuanto este fue a sentarse, se encargó de llevarle un mullido cojín, para su consternación y sorpresa de Ian.

Sonrió dulcemente al encontrarse con la anciana viuda lady Matilda Murray, Stewart de soltera, hermana del abuelo de los caballeros y de su propia abuela y, por tanto, tía abuela de ellos y de ella misma. La mujer la tomó de las manos con cariño.

—Ah, querida, no sabes lo feliz que me haces al veros a ti y a Catherine después de tantos años... ¡Qué lástima que tu padre no haya podido venir! Aunque me ha dicho tu madre que está asistiendo a un entierro...

—No, lady Matilda, está asistiendo a un enfermo, un en-fer-mo —repitió levantando la voz. Ya se había dado cuenta de que la anciana estaba un poco sorda.

—Un enfermo que aún no se ha muerto... Ah, comprendo. Sea en buena hora y que mejore. Me gustaría, antes de morir, que mis ojos vieran a mi querido Leopold Trevelyan. ¡Qué placer encontrar al

hijo y a la nieta de mi difunta hermana pequeña! ¡Ojalá ella pudiera verte! —La anciana enjugó una lágrima.

—Conservo algunos recuerdos de niña con mi abuela Mary —añadió Marion intentando distraerla.

—Tienes cierto aire a ella, aunque te pareces mucho más a tu madre. Ella tenía un esplendoroso cabello rojizo, muy parecido al de Ian... ¿verdad que es un muchacho guapo? No diré yo que sea mi favorito, no. En realidad, son todos tan buenos y formales que no sabría por cuál decidirme si tuviera que hacerlo.

Marion se preguntó si todos los presentes estarían al tanto del objetivo de su visita al condado. Aquello sería bochornoso.

—No me has contestado... ¿No te parecen unos caballeros muy interesantes tus primos? —Volvió a insistir entornando sus ojillos y dándole un codazo que la anciana creyó disimulado.

Marion aprovechó que el conde se acercaba hasta la mesa junto a ella, donde se encontraba la licorera, para contestar:

—Los Stewart tienen una belleza muy típica y agreste, muy escocesa, sin duda. No se suelen encontrar caballeros con tan llamativo color de cabello y modos tan rurales al sur de Inglaterra.

Por la expresión de la anciana supo que no la había entendido al completo, y para disimular, sonrió. A su lado, Malcolm había dejado de servirse y una exhalación airada y contenida a medias le demostró que él sí que la había escuchado.

No se molestó en mirarlo cuando sintió sus ojos clavados sobre ella, pero detectó a la perfección sus sentimientos. Reprimió una sonrisa.

Se mantuvo callada durante la cena posterior. Catherine, ajena a las opiniones vertidas por su hija, se permitió relajarse un poco. Marion evitó conversación alguna con los caballeros y se limitó a contestar alguna pregunta ocasional del vicario, aunque, en

ocasiones, pudo sentir la mirada acusatoria del conde de Rothes.

Durante la cena, la anciana viuda relató a voz en grito anécdotas de la infancia de los hermanos y reconoció que, por fortuna, habían cambiado mucho sus modales para mejor y que estos la habían traído de cabeza siempre a su pobre madre. «Dios la tenga en su gloria», añadió. Tras la difunta lady Margaret Stewart, la anciana fue recordando, uno a uno, a todos los miembros ya fallecidos de la familia. Constituían un buen número, ya que Matilda era la única superviviente de cinco hermanos y un esposo. Cuando aparecieron las primeras lagrimillas de la anciana, el vicario intentó consolarla con la promesa de un encuentro futuro, pero al arreciar en el llanto, Ian echó mano de anécdotas más divertidas y acabó cambiando el lúgubre ambiente por uno más distendido. Al rato la anciana se mostró encantada de estar entre sus queridos sobrinos nietos, y la tormenta pasada se había desvanecido por completo.

Lady Matilda fue la primera en abandonar la compañía de los invitados aludiendo el cansancio de la edad. Marion se ofreció a acompañarla hasta el carruaje y aprovechó para despedirse también de los asistentes. Tomó del brazo a la anciana y fueron caminando lentamente hacia la puerta. Allí, para su sorpresa, se encontró con lord Stewart, quien las esperaba para ayudar a la anciana a bajar las escaleras. La mujer creyó que susurraba al oído de la joven, aunque, en realidad, más bien gritaba cuando comentó:

—Te dije que no tenía ningún favorito, pero en realidad estaba mintiendo —confesó soltando una risilla pícara—. Mi querido Malcolm es mi favorito entre todos, pero no se lo digas, y mucho menos a los otros.

Marion echó un vistazo al caballero que se encontraba al otro lado de la anciana y la sujetaba mientras bajaba los escalones sonriendo divertido. Ofrecía un perfil muy masculino, y aquella

sonrisa, la primera que su rostro mostraba, le pareció... deliciosa. La muchacha se obligó a respirar hondo para alejar no sabía qué pensamientos impertinentes que la habían asaltado de repente.

Despidieron a la dama con una sonrisa, y el carruaje tirado por el cochero y dos lacayos se puso en marcha inmediatamente.

El conde se apartó para dejar pasar a Marion y apretó los labios. Aún le quemaba el recuerdo de las palabras que había escuchado de la pretenciosa muchacha. Sabía que era mejor no darles importancia, pero no pudo evitar decir:

—Buenas noches, señorita Trevelyan. Espero que nuestra compañía agreste y nuestros modos rurales no le priven de su merecido descanso.

Marion se volvió junto a la puerta y lo contempló a mitad de la escalera, mientras él la observaba con gesto enfadado.

—Yo también lo espero. ¡Gracias por su amabilidad! En verdad, no la esperaba.

Entró en la casa con una sonrisa de triunfo. En la alcoba la esperaba su doncella, para deshacer su peinado y ayudarla a desvestirse.

Antes de que la muchacha se marchara, Marion, recordando los eventos de la noche, tuvo una idea y le pidió que le buscara un vestido especial. Aquello despertó la sorpresa de la sirvienta, pero nada comentó, se limitó a asentir y a prometerle que se encargaría.

Cuando se quedó a solas en la enorme y elegante habitación, y se tumbó sobre la cómoda cama, reconoció que los modos rurales podrían ser diferentes, pero eran muy cómodos. Aunque, por supuesto, nunca lo reconocería.

Su estrategia de hacerse odiosa con cada uno de los hermanos iba progresando. Estaba segura de que el mayor no sentía ninguna atracción hacia ella y que no necesitaría mucho más para

encontrarla repelente. Y al pequeño ya lo había puesto en su sitio en un par de ocasiones, por lo que iba por el camino deseado.

Recordó los juegos de seducción con los que se divertía con sus amigas en Brighton, en los que el objetivo era encandilar a un caballero y conseguir que se declarara para luego rechazarlo. Eran muy divertidos, pero este que se traía ahora entre manos, cuyo fin era todo lo contrario, le resultaba incluso más estimulante.

Como no tenía demasiado sueño y se había recluido tan pronto solo por parecer perezosa y antipática a sus primos, comenzó a recrearse en los acontecimientos del día, el atroz viaje hasta la casa Stewart y el encuentro con los tres caballeros.

Debía reconocer que no había esperado en absoluto una mansión tan cuidada, hasta el punto de que le había apenado su propia decisión de desechar la visita guiada que le propuso el conde; sin embargo, era necesario mostrar desprecio e indolencia para hacerse aborrecible a sus ojos. Tampoco hubo esperado en absoluto la apostura de los tres caballeros que las habían recibido a la entrada.

A su pesar y para su fastidio, no podría alegar que eran feos y mocosos nunca más. El cambio había sido abismal, o, tal vez, en sus recuerdos infantiles, ella los vio como tres pequeños ogros, acostumbrada como estaba a intercambios con otras damitas y a no tratar en absoluto con jovencitos, más que de uno en uno y bajo la atenta mirada de sus severos padres.

Si cada uno de ellos destacaba por sí mismo, juntos tenían un magnetismo que resultaba difícil no percibir.

El mayor le pareció serio, formal, caballero hasta el punto de comportarse discretamente antes sus quejas malintencionadas. Su cabello más largo de lo habitual hablaba de cierta rebeldía y, sin embargo, no fue hasta la noche que descubrió su principal atractivo:

su sonrisa. Le hubiera apetecido contemplarla en todo su esplendor, pero no se encontraba frente a él y no había podido más que vislumbrarla de soslayo cuando la tía abuela Matilda lo escogió como su favorito; y aunque prácticamente lo gritó, la buena mujer creyó que se lo susurraba en el oído y no había llegado a los del caballero.

Suspiró y se dijo que, dada la seriedad del primogénito de la casa Stewart, no tendría la oportunidad de ver esa... dulce sonrisa en su rostro nunca más y, por tanto..., alejaría la tentación.

Andrew, el mediano, era un caballero atractivo y encantador que parecía esconderse detrás de sus gafas que enmarcaban unos ojos claros y bonitos. Le había sorprendido su ofrecimiento de visitar la biblioteca y, por un momento, casi había saltado de alegría, pues era amante de la lectura en extremo, aunque consiguió disimularlo. Tendría que mostrarse poco amiga de las letras si quería alejar a un muchacho con fama de estudioso.

En cuanto al simpático y guapo hermano menor, sería muy fácil caer en sus redes si se abandonaba a sus encantos, pero ella no estaba por esa labor, así que pensaba tratarlo con una brutal pero exquisita indiferencia.

Se abandonó al sueño pensando que, en cuanto pudiera, les escribiría una carta a sus amigas Diana[1] y Alice y las pondría al corriente del «divertido» otoño que se avecinaba. Ya que no podría escapar de las brumas escocesas, al menos intentaría entretenerse.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, la sorpresa fue mayúscula cuando, sentados todos a la mesa del desayuno, vieron entrar a Marion completamente vestida de negro, como si llevara luto, con un vestido que le quedaba algo grande.

Catherine Trevelyan masculló algo para sí misma, quizá imploró conservar la calma y las fuerzas, antes de dirigirse a su hija, bajo la atenta mirada consternada de los tres hermanos.

—Marion, ¿se puede saber qué llevas puesto? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Ha sucedido algo que yo no sepa?

—Madre —la joven se dispuso a dar una sentida explicación de lo que pasaba por su cabeza en esos momentos e imprimió a su voz un tono compungido—, fueron tantas las pérdidas que recordamos ayer ante las acongojadas palabras de lady Matilda que apenas pude dormir anoche, y esta mañana sentí que mi vestimenta debía mostrar el alcance de mi oscuro estado de ánimo. Este es un sentido homenaje a todos aquellos que se fueron y de los que no pude despedirme.

Algo parecido a un conato de carcajada se escuchó por parte de Ian, quien agacho la cabeza después de percibir la severa mirada de sus hermanos.

Por unos instantes, lady Trevelyan no supo qué decir. Inspiró, espiró y, tragándose lo que pensaba de tamaña estupidez para una ocasión más discreta, sonrió a su hija, hizo de tripas corazón y le contestó:

—Es... una muestra de tu sensibilidad y gran corazón, sin duda, Marion —carraspeó y cogió aire de nuevo para proseguir—, pero estaremos todos de acuerdo en que no es necesario a estas alturas. No lo es... en absoluto. Así que te pido que te recompongas de tu dolor, desayunes y, tan pronto como termines, subas a cambiarte. Yo misma te acompañaré.

—No es necesario, pretendo llevar este vestido por un tiempo como sentido homenaje a...

—Mi persona, Marion, a mí misma, si no dejo de verte con un vestido que presagia mi futuro síncope... —le susurró, aunque no pudo evitar que en aquel silencio la oyeran todos.

—Se hará como usted diga, madre —le aseguró su hija, mudando de opinión al percibir en su madre un desconocido tono de furia contenida y unos ojos chispeantes que no auguraban nada bueno.

Aquel desayuno le pareció, a la joven, silencioso en extremo y breve, ya que le resultaba complicado tragar teniendo cuatro pares de ojos reprobadores sobre ella. Pensó que iba a disfrutar más de aquella pantomima pensada para espantar a sus primos, lo que sin duda había hecho, pero ahora tendría que vérselas con su madre.

En cuanto terminó, y sin saber cómo alargar el temido momento del encuentro a solas con su progenitora ni tampoco apetecerle quedarse allí bajo las miradas suspicaces de los Stewart, Marion se levantó, se alisó la falda, compuso una digna y triste figura, acorde con el vestido, y con un suspiro resignado salió del comedor, seguida de inmediato por su progenitora.

Cuando los hermanos quedaron solos, un silencio espeso se apoderó de ellos. Ninguno parecía querer opinar acerca de lo que habían presenciado.

Malcolm se levantó el primero.

—Tengo que irme ya, hay mucho que hacer esta mañana.

—Espera, ¿vas a marcharte y dejar desatendidas a tus huéspedes? —preguntó Ian.

—Ya te dije ayer que no tenía ningún interés en la hija del señor Trevelyan. Por mi puede entretenerse con Andrew en la biblioteca...

—Bueno, yo... —El mediano quiso esbozar una excusa, pero Ian lo cortó:

—¿Es que no vamos a hablar de lo que ha sucedido hace un instante? —Rio el pequeño de los Stewart.

—No sé cómo puedes carcajearte, Ian. Puede que nuestra prima esté mal de la cabeza —opinó Andrew.

Ian continuó riéndose y se fijó en la expresión divertida en los ojos de Malcolm.

—¿Tú también piensas que está chiflada?

Malcolm se tomó un momento antes de contestar.

—En absoluto. Creo que es muy arriesgada por exponerse de esa manera y, además, es una manera muy inteligente de conseguir que ninguno le hagamos una proposición en serio. Probablemente tenga menos ganas que nosotros de matrimoniar, y de esta manera se garantiza que nos neguemos ante su padre.

—Tiene sentido... —dijo Andrew, pensativo.

—Pero... ¿eso significa que ninguno le atraemos? —se sorprendió Ian.

—Ni siquiera tú, hermanito. ¡Habrase visto! —Rio Malcolm.

—No tiene gracia.

—Bueno, eso hace más interesante la caza si tienes un interés

sincero y comprometido —caviló en voz alta Malcolm—. ¿No te atraen los desafíos?

—Tú quieres enredarme...

—Solo si estás dispuesto a casarte con ella.

—¿Has pensado que si lo hago la verás todos los días?

—Ni hablar. Arreglaréis vuestro propio nidito de amor en cualquiera de las propiedades de la finca y os iréis con viento fresco.

—Eso no es muy amable... y... no he cambiado de opinión con respecto a lo de matrimoniar. Soy muy joven aún. Padre tenía al menos diez años más que yo cuando se casó. Tú estás más cerca de esa edad.

—No estamos negociando nada, Ian. Tal vez Andrew...

Las miradas de sus hermanos sobre sí lo sorprendieron.

—Yo... no creo que nuestros caracteres se complementen —opinó, abrumado por la propuesta de sus hermanos para que cortejara a aquella joven tan... diferente.

—Claro que no, Andrew —contestó Ian—. Precisamente por eso será más divertido...

Mientras los hermanos conversaban en la planta baja, en la alcoba de Marion, la señora Trevelyan había despedido a la doncella y ella misma se había encargado de ayudar a Marion a quitarse el vestido. Mientras la joven se cambiaba de ropa, su madre paseaba de un lado a otro de la habitación con un humor de mil demonios.

—¿Crees que no sé lo que haces, Marion? —le decía—. ¿Que soy ignorante de lo que intentas? —La muchacha se mantenía en silencio—. Desde que llegamos te has mostrado como una malcriada, quejica, perezosa, maleducada, y ahora, por si lo anterior no era suficiente, te vistes de luto sin venir a cuento, como si hubieras perdido la sesera...

—Madre, solo quería...

—¡No! No quiero oír ni una sola excusa de tu boca. No vuelvas a decirme que es un homenaje ni ninguna tontería como esa porque prefiero que tus primos piensen que estás chiflada a que te mofas de sus difuntos padres y tíos.

—¡Esa no era mi intención!

—Obvio que no lo era. Yo sé lo que pretendías en el fondo..., lo que pretendes desde que llegaste, en realidad. Quieres que tus primos piensen barbaridades sobre ti porque así ninguno querrá comprometerse contigo, y cuando le cuenten esto a tu padre, estarán más que justificados.

—No estoy siguiendo una estrategia. Esto ha sido un impulso —mintió Marion.

—Marion, soy tu madre y te conozco mejor que a mí misma... ¿Crees que voy a creerme tus excusas?

—Pero...

—Vas a vestirte y a bajar para intentar convencer a tus primos de que eres una muchacha normal, sensata, y no una chiflada. Mientras tanto, yo voy a escribirle a tu padre una larga carta. No estoy dispuesta a pasar por esta tortura sola.

Capítulo 6

Condado de Rothes,
6 de octubre de 1863

Querido esposo:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud. ¿Cómo está tu padrino, lord Spencer? Desearía que se encontrara ya repuesto, no puedes llegar a imaginar lo mucho que te necesito a mi lado.

Te hablaría de nuestro viaje, del estado de los caminos, de lo bien que se conserva lady Matilda para su edad y del exquisito trato que tus tres sobrinos nos han dispensado, en cambio...

Ya sabíamos que Marion no nos lo pondría fácil. Nunca fue una muchacha dócil, aunque sí sensata, y últimamente no se comporta de una manera ni de otra.

Teníamos las esperanzas puestas en que, tras la negociación con los Stewart y siguiendo tus deseos y los de su difunto padre, las ramas de un mismo árbol genealógico que se remontan a los bisabuelos Stewart se

unieran de nuevo. Nada me hace pensar que por parte de los tres muchachos escasee el interés. Se han comportado de manera impecable hasta ahora. Sin embargo, te aseguro que nuestra hija no está poniendo en absoluto de su parte. Se muestra grosera, perezosa... Hoy ha aparecido en el desayuno con un vestido negro prestado por una de las criadas y lo ha justificado como un homenaje a los difuntos Stewart... Me da miedo imaginar que habrán pensado tus tres sobrinos... Créeme, esposo, que siento informarte de esto, que no hace sino demostrar mi incapacidad para manejar a mi propia hija.

No creas que quiero que abandones a tu querido padrino en su lecho. Tan solo me desahogo y te pido que le escribas a Marion para recordarle sus deberes como hija y que abandone la necesidad de mostrarse maleducada y sobresaltarme en cada encuentro con los Stewart de maneras que encuentro cada vez más difíciles de justificar.

Transmite mi ánimo a la familia de lord Spencer y a él mismo, y recibe un afectuoso saludo de tu esposa, que te echa de menos.

Catherine

Marion vagabundeó por la casa, evitando encontrarse con alguno de los hermanos. Comprobó que no eran necesarias tantas molestias ya que, al parecer, todos se habían marchado. Quizá aquello no era demasiado cortés por su parte, dejarlas a ambas en una casa y un entorno desconocidos sin saber qué hacer, pero dado que su comportamiento tampoco había sido el más correcto, no le

extrañaba que hubieran huido.

Lo lamentó un breve instante, después se alegró. Al parecer, sus actuaciones para repeler a los Stewart estaban siendo un éxito.

Paseó por el vestíbulo admirando los cuadros de los antepasados Stewart, buscando reconocerse en algún rasgo de sus pomposas figuras, adornadas excelsamente para la ocasión. No encontró semejanza apenas; no en vano, siempre le decían lo mucho que ella se parecía a su madre. Sin embargo, sí reconoció los ojos verdes de los hermanos Stewart en sus distintas tonalidades y la amplia variedad de cabelleras rojizas que viraban del castaño oscuro, como la del mayor y su propio padre, hasta la más brillante y colorada del pequeño. No se les podía negar su encanto, la mayoría mostraban una sonrisa y un hoyuelo en la barbilla de lo más atractivo.

Se encontraba ensimismada contemplando los retratos cuando oyó unos pasos detrás y, al volverse, vio al conde saliendo de la una de las estancias con una chaqueta en la mano.

Se detuvo al percatarse de su presencia, y desde donde se encontraba, este le preguntó:

—¿Le interesan sus antepasados, señorita Trevelyan?

Echó a andar hacia ella mientras esperaba su respuesta.

—Intento localizar a los bisabuelos y a mi abuela...

—Hay una pintura de su abuela de niña junto a sus hermanos. Está en aquella pared. Su abuela es la más pequeña. —Marion se acercó, interesada—. La joven que la toma de la mano es la tía abuela Matilda y junto a ellas están Bruce, Robert y mi abuelo Douglas. Era el mayor. Celebro que esto le agrade más que mi propuesta de visitar la casa de sus antepasados y conocer las estancias que ocuparon. No pareció gustarle demasiado la visita de ayer.

—Estaba cansada, ya se lo dije...

—Parecía estarlo también esta mañana, llevando ese horrible vestido negro. Le agradezco que se lo haya cambiado, luce usted más bonita en tonos más alegres y, siendo de todo punto innecesario llevarlo, no veo por qué debería asustar al pobre Andrew.

—¿Asustarlo, dice?

—Así es. Ian es demasiado alegre e inmaduro para tomarse nada en serio, y yo... no tengo entre mis planes próximos contraer matrimonio, señorita Trevelyan. Le recomiendo encarecidamente, por tanto, que deposite sus esperanzas en el mediano de los Stewart. Es el más sensato, inteligente y paciente de los tres, y dada su poca experiencia con las mujeres, no tendrá usted ningún inconveniente en manejarlo a su antojo. Limítese a ser dulce y agradable con él, si es capaz, y lo habrá ganado para su causa.

Conforme Malcolm Stewart desgranaba su perorata, el desasosiego y el enojo se apoderaban de Marion. ¿Quién se había creído que era para decirle a quién tenía que elegir? ¡No escogería a ninguno! ¿Y por qué le decía cómo debía comportarse?

—Sepa, conde de Rothes —le dijo conteniendo a duras penas su indignación—, que no tengo interés alguno en que mi rostro adorne ninguna de estas paredes. Le aseguro que no tendrá que molestarse en buscar un retratista para que me pinte ni un hueco entre tanto aristócrata escocés. Le agradezco su sinceridad al dejarme claro su nulo interés por casarse, y esto, señor mío, es en lo único en que coincidiremos, probablemente, porque yo tampoco tengo aliciente alguno, se lo aseguro.

—Ya lo imaginaba —le aseguró, flemático—, pero su padre ha insistido, por lo que creo que la elección de Andrew sería la más adecuada para los dos. Él consigue una esposa sin mayores desvelos, y usted, un marido que no la molestará demasiado,

bastará con que lo deje a su aire entre sus libros y le dé un poco de calor alguna que otra noche, lo habitual...

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? Nadie puede ser tan insolente con una dama.

—¿Por qué no? Ya ha demostrado usted no tener inconveniente alguno en expresar lo que piensa. Yo estoy siendo igual de sincero, y teniendo en cuenta mis modos agrestes y rurales...

Marion lo contempló como si no pudiera dar crédito. ¡Sería descarado! Y lo peor de todo era que allí estaba, asomando a sus labios, esa sonrisa perfecta que la hubo encandilado ayer. Decidió concluir la conversación para no caer en el peligro de quedarse alelada contemplándola.

—Tendré que agradecerle, entonces, su apabullante sinceridad, lord Stewart. Es un alivio conocer que nos encontramos bajo los mismos términos y que no es necesario, por tanto, tomarme el agotador trabajo de hacerme desagradable ante sus ojos —aclaró antes de dar media vuelta para marcharse.

—El vizconde de Fenton la espera en la biblioteca, señorita Trevelyan. Tenga en cuenta mi consejo.

Ni siquiera se tomó la molestia de volverse al escuchar su voz, aunque estuvo segura de que él habría oído el resoplido airado que salió de sus labios.

Capítulo 7

Marion decidió asomarse a la biblioteca en busca de Andrew, pero no con el propósito que Malcolm Stewart imaginaría.

—Oh, lo siento. No quise molestar —dijo fingiendo sorpresa al ver a Andrew trabajando sentado frente a una mesa junto a la ventana.

—No molesta, señorita Trevelyan. Entre, por favor —la animó, amable.

Marion paseó la vista, un momento, por los anaqueles repletos de volúmenes.

—Tiene usted una gran biblioteca.

—De la cual me siento muy orgulloso.

La joven se detuvo para leer los títulos. Cuando se percató de que Andrew la contemplaba interesado, simuló un bostezo.

—Es una estancia muy peculiar, sin duda, pero ahora debo continuar con mi recorrido por la mansión.

—¿No está interesada en leer algún libro? Puede elegir el que quiera. Personalmente le recomiendo *El banquete* de Platón, desde que lo leí en la universidad suelo recurrir a él con frecuencia.

—¿Leer? Oh, cielos, no. ¡Qué aburrimiento! Tan solo utilizo los libros para calzar mesas o cuando me asalta alguna noche de

insomnio. Tan pronto abro la primera página me quedo dormida.

Aquella insultante mentira sobre su persona le estrujó el corazón a Marion de una manera dolorosa. Los libros eran su pasión; la lectura, una compañera de vida, pero sabía que la mejor manera de desbaratar cualquier plan que Andrew Stewart —y su hermano— tuvieran sobre ella era mostrándose como una auténtica zoquete, alguien sin cultura que aborrecía el simple acto de leer e instruirse. Nada más lejos de su forma de ser, en realidad.

La expresión horrorizada en el rostro del vizconde le dio a entender que lo había decepcionado y, por tanto, conseguido su propósito. Había sido así de fácil... y de difícil, a la vez. Decidió marcharse para no caer más bajo y no sentirse más ridícula aún. Se había defenestrado, ella solita, lo suficiente durante la mañana, y quiso ocultarse en alguna parte para llorar, tal vez, durante un rato.

Salió de la mansión para evitar más encuentros con los Stewart y echó a caminar por el sendero intentando recuperar un ritmo normal de respiración. Se preguntaba si no estaría manchando su reputación de manera irrecuperable. No le importó ridiculizarse con el vestido negro, pero lo de mostrarse como una tonta, sin interés alguno en los libros y hacer gala de ello..., le pareció deprimente. Se dijo que tal vez no fuera tan lista como creía si utilizaba semejante artimaña en su contra.

El sendero que eligió al azar la llevó a la parte trasera de la mansión donde se encontraban los establos y las puertas del servicio. En esos momentos se encontraba desierto, salvo por una muchacha algo más joven que ella que avanzaba a su encuentro con una lechera en la mano.

—Señorita Trevelyan —la saludó con una discreta reverencia cuando pasó por su lado.

—Te conozco —le dijo cuando la muchacha ya había avanzado

un tanto—. Trabajas para los Stewart.

Marion recordó inmediatamente el contexto. Aquella joven servía la mesa. Y había llamado su atención porque parecía especialmente tímida delante de los caballeros y evitaba, incluso, levantar la cabeza.

—Sí, señora, pero hasta que mis servicios no son necesarios, la gobernanta me da permiso para ir al pueblo a llevarle algunas cosas a mi madre. Está enferma, ¿sabe?

Marion observó que la muchacha hablaba inglés con un acento impecable, nada que ver con otros criados que apenas lo mascullaban o tenían una terrible pronunciación que mezclaba el gaélico, el escocés y el inglés.

—¿Cómo te llamas? Pareces inglesa.

—Anne, señorita, Anne Wright. Nací en Newcastle y fui a la escuela hasta que mi padre, que era de allí, murió. Entonces mi madre me trajo a Rothes con su familia. Ella no se encontraba bien y le era imposible cuidarme sola.

—Oh, cuánto lo siento... Si puedo hacer algo por ti...

—No es necesario. Me gano la vida trabajando para los Stewart y ayudando a mi tía en la taberna, en ocasiones. De hecho, voy para allá ahora, vivimos justo arriba.

—¿Vas al pueblo? ¿Y volverás para la hora de la comida? —La joven asintió vehemente—. Entonces déjame que te acompañe. Me gustaría conocerlo. ¿Está muy lejos?

—No, en absoluto. A tan solo dos millas escasas.

—Eso es perfecto. Necesito hacer un poco de ejercicio... y despejar la cabeza —murmuró.

Mientras caminaban, Marion contemplaba el paisaje y reconocía que aquella parte de Escocia era mucho más que un camino en mal estado y un cielo nublado. Aunque el día otoñal lucía fresco y no

demasiado despejado de nubes, el paisaje que las rodeaba verdeaba de vegetación. Bosques de robles y abedules las acompañaban a la distancia de un corto paseo a ambos lados, así como arbustos con sus coloridas bayas naranjas, azules o rojas. La muchacha le iba diciendo sus nombres y si estaban indicadas para el consumo humano, una vez que madurasen, o servían de forraje para los animales. El discurrir del agua de un arroyo las saludó antes de poder contemplarlo a un lado del sendero.

Un arbusto con hermosas flores blancas llamó la atención de Anne y se detuvo un momento a cortar algunos tallos.

—Es una flor muy bonita —alabó Marion.

—Simboliza el amor puro y la esperanza —le explicó Anne, soñadora—. Lord Stewart me regala algunas, en ocasiones.

—Oh, vaya...

Anne no se dio cuenta del alcance de sus palabras hasta que contempló el rostro de Marion Trevelyan y se dio cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Solo es amable... No significa nada... —se justificó inmediatamente.

—No me importa, Anne. Lord Stewart puede hacer lo que quiera con su vida, me es absolutamente indiferente, pero tú... deberías tener cuidado.

—Lo sé... —afirmó con un tono de resignación—. Nunca un lord se casó con ninguna criada.

Marion sintió pena por la muchacha, quien parecía sentir algo especial por Malcolm. ¿Y qué era lo que ella sentía en esos momentos? ¿Celos, por no ser la destinataria de su encantadora sonrisa? No, no se trataba de eso. En realidad, se sentía indignada, engañada como una tonta porque había pensado que tendría que mostrarse como una insoportable delante de Malcolm Stewart para

que la aborreciera y, al fin y al cabo, no era necesaria tanta preocupación.

Él no pensaba casarse porque ya se entretenía engatusando a sus criadas. «¡Qué ser tan malvado e insoportable!», se dijo.

Pudiera ser que, al igual que Malcolm Stewart, los intereses de sus hermanos ya se hubieran depositado en otras damas. Uno no llegaba a la edad de veintimuchos tan solo suspirando a la luna por la noche. En realidad, ella les importaría bien poco, tan solo sería un mero trámite en sus vidas y, por tanto, se había tomado unas molestias por alejarlos que solo la habían hecho quedar en ridículo.

Continuaron caminando en silencio, cada una sumida en sus pensamientos. Marion no pudo evitar aprobar la apariencia de la muchacha. Pulcramente vestida, con el cabello rubio recogido bajo una cofia de la que se escapaban algunos mechones, unos vivos ojos azules y un rostro dulce, no era de extrañar que hubiera llamado la atención del lord. Se sintió indignada por el desenlace de aquella relación, que no acabaría bien para Anne.

Llegaron al pueblo, y el jolgorio que despertó su presencia, las presentaciones ante los vecinos y la visita a la taberna ahuyentaron los tristes pensamientos de Marion. Se sintió tan bien que el tiempo pasó muy deprisa.

Capítulo 8

Catherine y Marion comenzaron a visitar a lady Matilda Murray a menudo. A la joven le agradaba que la anciana le contara recuerdos de su infancia y juventud en los que aparecía su abuela Mary. Aquellas menciones siempre acababan trayéndola al presente en el que los descendientes de su hermano mayor Douglas le hacían compañía al vivir tan cerca, una vez que su esposo hubo fallecido y su hijo residiera en Inglaterra con su esposa.

Matilda explicó que su hijo le había pedido muchas veces que fuera a vivir con ella a Londres, pero siempre se negó ya que se veía incapaz de alejarse de la tierra donde había nacido y pasado casi toda su vida. Además, ella tenía un especial interés en conocer a los hijos de sus sobrinos nietos Stewart, algo que reconocía tenía difícil si no se daban un poco de prisa.

Y era entonces cuando le sonreía pícaramente a Marion, le caía algún codazo o un leve pellizco en el brazo, y la muchacha se preguntaba si el hecho de escuchar anécdotas de su abuela de niña había valido la pena. Reconocía que sí, aunque se daba cuenta de que la anciana se llevaría un disgusto cuando finalmente se marchara sin comprometerse con ninguno.

—No sé por qué tu padre tardó tanto en traerte a Rothes —le

comentó una tarde lluviosa frente a una taza de té.

—Leopold no quiso presionarla para que se casara pronto —explicó Catherine—. Le permitió estudiar y divertirse. Tengo que reconocer que, por mi parte, también alargué todo lo que pude el momento. Es mi única hija y sé que, a pesar de todo —dirigió una mirada de soslayo a Marion—, la echaré de menos cuando se vaya a vivir con su esposo.

—Madre, me quedaré a su lado si...

—Cállate, Marion —murmuró su madre—. No lo estropees.

—Recuerdo que mi sobrino Malcolm me contó de aquella visita que os hizo en Londres cuando los muchachos eran pequeños. Me dijo que Marion le había parecido una damita de lo más formal, y Margaret, su esposa, se había quedado prendada de tu encanto. A ella le hubiera gustado tener una hija entre tanto varón desabrido. No hizo falta demasiado para que Malcolm y Leopold decidieran que tu destino y el de uno de sus hijos se unieran en el futuro. Tú podrías ostentar un título de la familia y regresar de nuevo a ella. Tu padre, Leopold, lo aceptó de buen grado.

—Eso no fue justo, lady Matilda. Nadie pidió mi opinión —se quejó.

—¡Vaya! ¿Y cuál habría sido tu decisión a tan tierna edad?

—Desde luego no me habría comprometido con ninguno de esos tres... brutos.

—¡Ah! Es cierto que estos tres chicos eran de la piel del diablo de niños. Algo que a su padre le parecía de lo más conveniente, ya que decía que no se podía reprimir el carácter y el ardor de la sangre Stewart, descendiente de valerosos guerreros que lucharon junto a nuestro héroe William Wallace.

—Tal vez se sintieran más comprendidos, entonces, por damas escocesas.

—En absoluto. Los tiempos mandan, escoceses e ingleses intentamos vivir en armonía y, aunque no quieras, tú sigues teniendo sangre escocesa, señorita —la regañó Matilda—. Además, tus primos ya corrigieron sus impulsos salvajes tras años en el internado. No me dirás que no se comportan como auténticos caballeros.

—Es más evidente en el vizconde de Fenton y en el barón de Fordell.

—Oh, ¿Malcolm te parece algo brusco?

Marion recordó la conversación que tuvieron frente a los retratos familiares en la que le espetó que él no tenía ningún interés por casarse y le recomendó que eligiera a Andrew.

—No se le puede reprochar nada a lord Stewart —contestó Catherine por ella.

—Bueno, a decir verdad, Malcolm no pudo concluir sus estudios, pues lo expulsaron del internado. Ian sí lo hizo, y en el caso de Andrew, incluso decidió ir a la universidad —explicó lady Matilda—, pero sinceramente, querida, conozco a Malcolm y sé que tiene un fondo noble, honrado y caballeroso que no necesita de mayor lustre.

La muchacha se mordió los labios para no decir lo que pensaba de ese fondo noble que le hacía perseguir a las criadas y expresarse con absoluto descaro delante de ella.

—Marion solo necesita adaptarse... y poner un poquito de su parte —advirtió Catherine.

—Estoy segura de que lo hará. Tal vez le parezca Rothes un poco aburrido, pero te aseguro que no lo es. Hace tiempo que no celebro ninguna fiesta, a mis ochenta y muchos no se me puede pedir demasiado, pero creo que es el momento de organizar un baile. Vuestra llegada es un motivo más que suficiente, ¿verdad?

En aquel preciso momento quedó decidido, y Matilda se aseguró

de que Catherine y su hija se implicaran tanto en los preparativos que lo sintieran como suyo, aunque Marion no las tenía todas consigo.

La noche del evento, lady Matilda las recibió en el vestíbulo de la vivienda en cuanto llegaron acompañadas del mayor de los Stewart. Los menores llegarían enseguida, pues los seguían de cerca en otro carruaje.

Matilda se disculpó ante ellos por la discreción del evento. No se habían cursado muchas invitaciones, no irían grandes multitudes, tan solo los más cercanos, pero en cualquier caso habría un ágape, bebidas y baile, y eso sería suficiente para los más jóvenes. Para los mayores habría cómodas sillas desde las que contemplar, y poder criticar, añadió, sonriente, a los bailarines.

Madre e hija acompañaron a la anciana en la recepción de los invitados junto al conde de Rothes. Lady Matilda dio por sentado que el baile debería ser abierto por él y Marion. Esta no pudo ver el gesto con que el caballero aceptó el «honor», pero estaba segura de que él sí habría oído su resoplido.

Antes de que el baile comenzara y tras muchas presentaciones, a Marion no le quedó ninguna duda de que los Stewart eran los solteros más cotizados entre las jóvenes casaderas. Imaginó que no habrían sido muy asiduos a estos eventos si habían conseguido zafarse de compromisos y se encontraban aún solteros. Entonces recordó a la joven criada y le volvió el malhumor.

El baile iba a dar comienzo, y Malcolm se presentó ante ella con una discreta sonrisa que no fue correspondida. Le ofreció su mano para acompañarla, pero ella lo ignoró y caminó delante hasta la posición que debía tomar. Él la siguió con un gesto entre desconcertado y molesto.

Cuando el vals estaba a punto de empezar, Malcolm la tomó entre sus brazos con seguridad, manteniendo entre sus cuerpos la discreta distancia que aquel baile requería. Ella podía sentir su energía vibrante, la fuerza de sus músculos tensionados —contenidos en su presencia como si temiera abarcarla toda y hacerle daño—, el calor que desprendía su cuerpo y su mirada inmisericorde posada sobre ella.

Marion luchó por no dejarse vencer por lo que el cuerpo del conde y sus ojos le transmitían. Le hablaban de posesión, de deseo, de castigo. Ella lo había ofendido al rechazar su mano y con su desprecio a lo largo de los días, y él parecía como si se lo quisiera cobrar de una manera bien distinta. ¿Sería posible que aquel rufián fingiera semejante interés y atención por ella cuando no lo había hecho antes y además intentara seducir en sus ratos libres a una sirvienta? ¿Intentaba mostrar ante todos los invitados un falso interés? Aquello hizo que la sangre le ardiera en las venas, indignada, y le mostró una actitud aún más orgullosa y distante, aunque por momentos le apeteciera dejarse llevar y abandonarse a la calidez de sus brazos y a los profundos y oscuros deseos que adivinaba tras sus pupilas brillantes.

En cuanto el baile terminó, la muchacha se desprendió de inmediato de su contacto y le dedicó una mirada asesina. Malcolm no apartó la vista, pero no pudo evitar preguntarse por qué cuanto más esquiva se le mostraba, más ardía en su pecho y en sus entrañas el deseo por acogerla entre sus brazos, por qué le seguía dando vueltas a una idea sin sentido que había comenzado a atormentarlo tan pronto le expuso su nulo interés en un compromiso.

Matilda y Catherine charlaban sin quitar ojo a la pareja. En un momento del baile, la anciana se acercó a su compañera y creyó que

le susurraba al oído.

—¿No cree, mi estimada Catherine, que hacen una pareja preciosa?

El sonido de la música y las conversaciones contribuyó a que su comentario no fuera oído por todos. La señora Trevelyan contestó con un suspiro:

—Sí que la hacen.

—Hace años que no organizo ningún baile, pero quiero que sepas que este lo he hecho precisamente para verlos así. Ellos dos debían abrir el baile, y no me imagino a Marion con ningún otro de los muchachos Stewart, aunque quién sabe... Tal vez yo sea una antigualla y quiera que el primogénito se case primero, pero creo que ellos encajan a la perfección.

—Soy de la misma opinión, pero me temo que una de las partes en cuestión no muestra mucho interés.

—Supongo que se refiere a Marion.

—¿Es tan evidente?

—Oh, es una gata salvaje esa muchacha. Digna representante de las Stewart. Nunca ninguna de nosotras se casó por ambición o por un título. Todas nos casamos por amor. Si Malcolm no consigue enamorarla, tal vez alguno de sus hermanos lo logre.

—Y, sin embargo, están tan alejados del interés de Marion... Quisiera comentarle algo, lady Matilda.

—Dígame...

En esos momentos, Marion volvía al centro del salón después de que Ian le solicitara un baile. Con él se sintió mucho más relajada, incluso se permitió reír sus bromas.

Después de la danza, Ian la invitó a tomar champán, aunque fueron interrumpidos por varios invitados y finalmente la joven quedó sola con una de las asistentes, una muchacha que tendría su

edad, de rubicundas mejillas sonrosadas y cabello de un chispeante color rojo. La joven, que se presentó como lady Arabella Macintosh, vecina de los Stewart y lady Matilda, era algo tímida, aunque muy agradable y buena conversadora. Le cayó bien inmediatamente.

—Lady Matilda ha sido muy generosa al invitarme a esta velada en su casa. Reitérele, por favor, las gracias de mi parte. Son raras las ocasiones que los jóvenes tenemos de encontrarnos y bailar...

—¿No se celebran bailes en la comarca? ¿Reuniones para que los solteros se conozcan?

—Ah, sí. Suficientes de esas..., pero los Stewart nunca se ven en la obligación de asistir. El más asiduo es, sin duda, el barón de Fordell.

—Si los echa de menos y su interés no se encuentra en el menor, debe de sentirse atraída, entonces, por...

—¡Oh, Dios mío!, ¡qué vergüenza! —se lamentó la muchacha, cuyo rostro enrojeció de súbito—. No es esa la impresión que quería dar. Usted pensará que soy una descarada, señorita Trevelyan.

La muchacha bajó la cabeza avergonzada. Cuando la volvió a subir, sus ojos buscaron una presencia lejana y se posaron sobre un caballero que charlaba con otros frente a ellas. Marion le siguió la mirada y se encontró con que Andrew Trevelyan correspondía interesado a la contemplación de Arabella.

Descubrir que Andrew sentía o despertaba algún interés por aquella joven no la molestó en absoluto. La emocionó la posibilidad de haber pillado a dos tímidos enamorados en sus comienzos, cuando todo dependía de si alguno sería capaz de dar el primer paso. Y se propuso dar una oportunidad a aquella relación por si, tras conocerse, llegaba a buen puerto.

Y, sobre todo, le demostraría a Malcolm Stewart que se había equivocado con respecto a Andrew y se encargaría de restregárselo

para su total satisfacción. Ni su padre ni el conde de Rothes le dirían con quién debía casarse.

Comenzó a sentar las bases para su plan.

—Dígame, ¿es Andrew Stewart su elegido?

—Oh, pero, señorita Trevelyan, yo... no puedo inmiscuirme. Todos dicen que ha venido usted a Rothes para casarse con uno de los Stewart y no debo...

—El vizconde de Fenton no me interesa lo más mínimo, al igual que el resto de sus hermanos. ¿Me dirá ahora la verdad?

Arabella la miró como si no pudiera creer que los Stewart le resultaran indiferentes. Sin embargo, se sinceró:

—Sí. Me siento atraída por Andrew desde que éramos niños.

—¿Y él lo sabe?

—Aunque intento disimularlo, a veces me parece tan evidente que creo que es imposible que no se dé cuenta, pero tal vez no sea correspondida y por eso nunca mostró el más mínimo interés.

—Tengo entendido que Andrew es un caballero muy inteligente para sus libros, pero muy tímido y torpe, seguramente, para estos asuntos. Debería ayudarlo un poquito.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida por la sugerencia, pero muy interesada a la vez.

—¿Le gusta leer, lady Arabella?

—Mucho.

—¿Ha leído *El banquete* de Platón?

—Me temo que no. Mi hermano lo tiene en su biblioteca, pero lo considera inapropiado para una dama.

—¡Qué tontería! —No pudo evitar expresar—. No hay nada malo en su lectura. De hecho, es una de las favoritas de Andrew. Suele releerla desde que lo hizo por primera vez en la universidad. No he tenido nunca el gusto de comentarla con él, pero sé que le

encantaría hablar con alguien que lo hubiera leído.

—¿Y no puede pensar que es inapropiado para una muchacha? Tengo entendido que versa sobre el amor.

—Lo que la hace una lectura perfecta para dos jóvenes que se atraen. Le aseguro que le agradará, y siempre puede pedirle a Andrew que le aclare algún párrafo o capítulo... —Arabella se tapó la boca con la mano para contener una sonrisa pícara que asomaba su rostro—. No le diga a su hermano que lo está leyendo. No tiene por qué saber todo lo que usted hace en cada momento.

—No, claro que no.

—¿Cree que para el domingo que viene habrá leído unos cuantos capítulos y de esa forma, cuando la invite a tomar el té en la mansión Stewart, tendrá usted oportunidad de hablar con Andrew al respecto?

—Por supuesto que sí. Sería capaz de leer un libro entero de más de mil páginas para el domingo. No sé cómo lo haré a escondidas, pero le prometo que así será.

—No tiene por qué leerlo entero. Ya lo hará, poco a poco, si descubren que son afines. La espero, entonces, el domingo a la hora del té.

—Oh, gracias, señorita Trevelyan. Se ha convertido usted en mi mejor amiga.

Capítulo 9

El regreso a la casa Rothes se hizo en la misma compañía que la ida. Y si ya entonces el ambiente en el interior del carruaje fue frío, en esta ocasión se volvió gélido. Catherine, ante los nulos avances de su hija por dar una oportunidad a sus primos, había acabado accediendo a la sorprendente propuesta que le escribió su marido como contestación a su desesperada carta.

Al principio, la recomendación de Leopold le pareció una insensatez, pero después, viendo el escaso progreso y tras comentarlo con lady Matilda, creyó que aquello, quizá, no fuera tan mala idea. Decidió que lo expondría en aquel mismo instante ante el primogénito de los Stewart y su propia —desconsiderada e ignorante de lo que iba a suceder— hija.

—Como sin duda sabe, lord Stewart, mi esposo se encuentra en estos momentos a la cabecera de la cama de lord Spencer, su padrino y tío por parte paterna. Las noticias que me han llegado no son muy alentadoras y me temo que se espera lo peor en cualquier momento.

—Oh, madre, pobre tío Edward...

—Lo siento mucho —expresó Malcolm de inmediato—. Si hay algo que yo pueda hacer...

—En realidad, hay algo que quiero pedirle. Me dispongo a marcharme mañana mismo para acompañar a mi marido en estos momentos, pero desearía que usted siguiera acogiendo a mi hija en Rothes, aunque yo no esté.

—¡Madre! Eso no sería apropiado. Yo debo ir.

—No es necesaria tu presencia allí y nada puedes hacer más que ir buscando un vestido más apropiado que el que usaste hace unos días.

Ante aquella respuesta materna que le pareció cruel y vengativa, Marion empalideció súbitamente y bajó la cabeza para contener las lágrimas. Malcolm, sentado frente a ella, supo leer las emociones de la muchacha y, a pesar de que le resultaba orgullosa y arrogante, la compadeció de súbito.

—La juventud tiene el privilegio de no pensar en la honda importancia de la muerte, señora Trevelyan. Permítame decirle que estoy seguro de que Marion ya aprendió la lección y tal vez le haga bien despedirse de su tío.

Marion levantó la cabeza y mostró su rostro sorprendido al caballero. Le había enternecido la manera en que la había defendido. ¿Sería posible que Malcolm Stewart guardara cierta sensibilidad en su interior o tal vez había visto la oportunidad de deshacerse de ella?

—Lamento haberme mostrado tan cruel, Marion —su madre se dirigió a ella—, en realidad no me agrada dejarte atrás, pero voy a acatar los deseos de tu padre. Si considero que el fin es inminente, no dudes que te mandaré llamar. —Catherine conocía por el escrito de Leopold que nada hacía pensar que lord Spencer se encontrara próximo a la muerte, aunque sí en necesidad de compañía de los suyos, y él, Leopold Trevelyan, como sobrino favorito, no podía permitirse alejarse. Su intención al reclamarla junto a él era que

Marion, en la soledad de una familia a la que apenas conocía y en un ambiente extraño, buscara el amparo de sus primos y a partir de ahí se fomentara una relación con alguno de ellos que fructificara. Leopold confiaba en sus sobrinos tanto como para dejarles a Marion en custodia, y si alguno llegaba a propasarse, entonces una boda repararía cualquier daño.

Estas palabras que Leopold había escrito en su carta llevaban varios días rondando los pensamientos de Catherine, quien no sabía si su marido había perdido la cabeza, se había convertido en un libertino de repente o si verdaderamente creía que daría resultado. Sin embargo... ¿Qué ocurriría con la reputación de Marion, de la propia familia Trevelyan? Catherine había descubierto la manera de que quedara impoluta aquella misma noche.

Antes de que volviera a oír otra protesta o inconveniente de cualquiera de ellos, agregó:

—He hablado con lady Matilda y se encuentra dispuesta a pasar los días que yo falte en su casa, lord Stewart. Si a usted no le importa, claro.

—En absoluto, me parece una decisión muy acertada.

Marion no volvió a abrir la boca hasta que llegó a la casa. Dejó que la doncella la ayudara y, tan pronto como se puso el camisón, le deseó buenas noches y se quedó a solas en la alcoba. Esperó apostada tras la puerta de su habitación hasta que oyó que la sirvienta de su madre se marchaba y entonces salió al pasillo, iluminándose con una pequeña lámpara de aceite. Llamó con los nudillos a la puerta y Catherine le permitió el paso.

—No sé por qué me imaginaba que tu silencio no duraría mucho.

—Madre, está usted siendo muy dura conmigo. ¿En serio piensa dejarme sola en esta casa, entre los Stewart?

—Voy a hacer lo que me pide tu padre, algo que te parecerá horrible teniendo en cuenta lo muy desobediente que eres y lo acostumbrada que estás a hacer tu santa voluntad. Sabes que yo tampoco soy una mujer que se pliegue a los antojos ajenos, no me comporto como un perrillo fiel y descerebrado ante los deseos de Leopold Trevelyan, pero en esta ocasión que considero justa y para evitar que mis nervios terminen causándome algún trastorno, voy a hacerle caso. Reconozco que estoy siendo dura contigo, aunque he tratado muchas veces de justificarte diciéndome que buena parte de tu independencia y tu carácter es un reflejo del mío, de la educación progresista de tu padre y de, al parecer, el carácter de los Stewart que este debe haberte transmitido. Lo cierto es que se acabaron las justificaciones y mis disgustos. A partir de ahora, tú misma responderás por tus actos ante tu padre y yo misma cuando regresemos.

—Sé que lo hace para castigarme y obligarme a que me decida por uno de ellos, pero no es tan fácil, madre. Los Stewart tienen sus propios intereses femeninos ajenos a mi persona.

—¿Todos ellos?

Marion permaneció callada.

—Entonces cuando regrese, en compañía de tu padre, espero que sean ellos mismos los que expongan esas circunstancias desconocidas para nosotros, o tú lo hagas en su presencia.

—No me cree... Piensa que me lo invento.

—No sería extraño después de escucharte hablar y comportarte como alguien desconocido para mí.

—¿Y no le importa mi reputación?

—No voy a dejarte sola, ya lo sabes. Tu tía abuela Matilda llegará mañana temprano antes de mi partida.

—Pero todos saben que no es una buena acompañante. Es una

anciana sorda y achacosa...

—Lamentablemente, aunque no son más que los frutos de su avanzada edad. Os haréis compañía mutuamente y ella estará delante cuando te encuentres con tus primos. Queda en tus manos y en tu sentido común tu comportamiento. Ya no eres una niña, Marion.

La joven aguantó las ganas de seguir protestando. Le había quedado muy claro que nada conseguiría por su parte y que continuar aquella conversación era una pérdida de tiempo.

Se despidió de su madre con un desganado beso de buenas noches.

Capítulo 10

Recibió a su tía abuela por la mañana y le dijo adiós a su madre poco después, tal y como esta le había anunciado. Aquello era de lo más inusual. Ella debería haberla acompañado, pero Catherine ya le había dejado muy claro que sus meteduras de pata y salidas de tono la habían hecho merecedora de ese castigo. Y aún le quedaría soportar los reproches de su padre cuando finalmente pudiera venir a Escocia y le dijera que no pensaba matrimoniar con ninguno de aquellos caballeros. Tal vez en otras circunstancias..., pero que fuera una imposición desde el primer momento había cortado de raíz todo su interés y su voluntad.

A lo largo de los días, Marion se encontró compartiendo muchos ratos a solas con la anciana. Sus primos la acompañaban de vez en cuando. Malcolm se permitía, incluso, faltar a alguna que otra comida.

¿Continuaría cortejando a Anne utilizando las flores y aquella sonrisa radiante? No dejaba de darle vueltas a aquello, y cuanto más lo hacía, más recordaba su atractivo y varonil rostro, su voz grave y esa sonrisa deliciosa que no tendría el privilegio de dedicarle nunca. Lo cierto era que, aunque hubiera sido muy fácil saber si seguía tras la muchacha preguntándole directamente a ella, le daba cierto

pudor, cierta incomodidad, una molestia que se agudizaba si los imaginaba juntos.

La tía abuela Matilda la entretenía de continuo con anécdotas de su infancia y juventud. Ella había sido la mayor de las chicas, aunque Douglas, el primogénito, y Robert habían nacido antes. Tras ella llegaron Bruce y Mary, quien se casó con John Trevelyan y tuvieron a Leopold, el padre de Marion.

Su padre, Douglas Stewart, bisabuelo de Marion, había sido un destacado militar en la primera década del siglo y había luchado con honor y valentía frente al ejército de Napoleón en la península ibérica. Evitó que todo un batallón fuera conducido a una emboscada y les salvó la vida a cientos de hombres, a costa de perder la suya.

A causa de ello, el rey Jorge III les concedió a sus hijos varones, huérfanos de corta edad, títulos hereditarios para cada uno de ellos, por lo que al condado de Rothes se le sumó el vizcondado de Fenton y la baronía de Fordell.

Al morir Robert y Bruce sin herederos masculinos, los títulos recayeron en el primogénito de Douglas, al que llamó Malcolm. Este se casó con Margaret Styles y tuvieron tres varones que Marion conocía muy bien: Malcolm, conde de Rothes, Andrew, vizconde de Fenton e Ian, sobre el que recayó la baronía de Fordell.

Debido a una prerrogativa otorgada a su bisabuelo, los tres caballeros podían ostentar un título y privilegios cada uno, algo poco frecuente entre la aristocracia británica que no solía repartir los nombramientos entre los hermanos y todos recaían sobre el primogénito.

Marion había oído esta historia en muchas ocasiones por boca de su padre. Conforme los años pasaron y ella no mostró interés por ningún aristócrata, el deseo de hacerse con alguno de los títulos que

sus tíos atesoraron renació en él, a la vez que le venía a la cabeza lo que, en cierto momento, su primo Malcolm, ya fallecido, le había propuesto: volver a unir a la familia mediante la boda de uno de sus tres hijos con su propia hija.

Trevelyan habló con el mayor y descubrió para su placer que ninguno de los tres tenía compromiso alguno, por lo que manifestó muy ufano sus intenciones a su hija. Marion se negó inmediatamente. El recuerdo de sus primos de niños y el saberse coaccionada por matrimoniar hizo que se cerrara a la más mínima posibilidad de que aquel interés tuviera el fin deseado. Pero su padre había expuesto con claridad sus deseos y no se iba a conformar con una negativa. Estaba siendo muy indulgente al permitir que se conocieran y ella misma eligiera.

Esa era la opinión convencida de su padre. Ella se sentía mártir de una obligación y, por tanto, no estaba en su ánimo ni en sus propósitos descubrir afinidad alguna con alguno de aquellos muchachos... entre los que quedaban disponibles.

Marion aprovechaba los ratos libres en los que no tenía que atender a su tía abuela para, entre otras cosas, pasear por el jardín si el tiempo lo permitía y leer algún libro a escondidas.

Se encontraba embebida por la lectura, caminando sin reparar dónde pisaba, cuando la voz del conde de Rothes la sobresaltó por lo inesperada.

—¿No se compadece de esas pobres flores a las que está aplastando?

El tono de burla con que llamó su atención la enervó de manera inmediata. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que se había apartado del sendero y pisaba margaritas de San Miguel, una variedad en tonos azules muy apreciadas en los jardines y conocidas

popularmente por el nombre de «aster». Se apartó con rapidez.

—Ah, pero estas no son sus favoritas... —dijo pensando en el brezo blanco que regalaba a Anne.

—Bueno, en realidad, no he pensado mucho en ello. No diría que tengo una flor preferida.

—Claro, esas cosas no se enseñan en un internado para caballeros...

Malcolm la miró frunciendo el ceño. Se había dado cuenta de que su presencia la soliviantaba y eso había llamado su atención. Aquella muchacha había pasado de resultarle indiferente a agradarle sus pullas y provocarla cuando se mantenía en silencio, aunque lo mirara con ojos ardientes y enojados. En realidad, había descubierto que le gustaban esos iris llameantes y enfadados.

Además, le resultaba curioso que, tras haberle confesado su nulo interés por contraer matrimonio, esto no parecía haberla tranquilizado con respecto a su persona, más bien al contrario, lo había convertido en un enemigo, prácticamente.

Y a consecuencia de ello, Malcolm, incapaz de comprenderla, había comenzado a preguntarse e interesarse por Marion y eso lo había llevado a fijarse en su modo de hablar, de comportarse, de moverse; en su manera de reír o en la forma de apretar los labios cuando él estaba cerca. Y comenzó a echarla de menos cuando no la veía y a arrepentirse de la rapidez con la que le manifestó su completa apatía.

—En un internado para caballeros no se suele hablar de flores, desde luego. Al menos no durante el tiempo que yo estuve allí...

—Lo expulsaron, ¿verdad? —le recordó, maliciosa.

—¡Ah! Era eso... ¿Quién le contó?

—¿Puedo preguntarle qué fue lo que hizo?

—Tuve un intercambio de opiniones con otros caballeros en el

que no conseguimos ponernos de acuerdo.

—¿Se pegaron?

—Una soberana paliza, sí...

—¿Esa es la manera en la que suele resolver sus asuntos?

—Intento que no lo sea, espero no haberle dado esa impresión. Sin embargo, en ocasiones..., no hay otra salida.

—¿Y lo aprueba, aunque le costara la expulsión?

—Lo di por bien empleado.

—¿Y cuál fue el motivo de su pelea, lord Stewart, si puede saberse?

Malcolm compuso un gesto serio, al parecer indeciso de revelar sus razones. En ese preciso instante apareció Ian y lo salvó de la explicación.

—Eh, vosotros dos, ayudadme. La tía abuela quiere echar una partida de cartas, así que vengo a exigir vuestra compañía. Prefiero pegarme un tiro antes que jugar con ella a solas, tenerle que gritar cada movimiento o disimular que no la veo hacer trampas descaradamente.

—Está bien. —Rio Marion, aparentemente olvidada ya su pregunta—. Me sacrificaré.

Cuando Marion se marchó, a Ian no se le pasó por alto la mirada que Malcolm le dirigió ni la forma en que la contempló hasta que entró en la mansión.

—Vaya, vaya... Parece que alguien puede estar pensándose mejor lo de no comprometerse —le espetó sonriendo.

—¿Y tú no tenías que jugar a las cartas o pegarte un tiro? Cualquiera de las dos opciones me parece válida.

—Está bien, ya me voy —accedió Ian sin aguantar ya la risa—. Te estaremos esperando si decides acompañarnos.

Lady Matilda, Marion, Ian y Andrew habían jugado una prolongada partida de *whist* en la que tuvieron que recordar a la anciana algunos movimientos, bajo la sospecha de que ella sabía muy bien lo que hacía, pero simulaba algún olvido para despistarlos. En otras ocasiones, había que despertarla, pues se quedaba amodorrada. Aquello agotaba y malhumoraba al impaciente Ian, quien, en cuanto la anciana expresó su decisión de releer su libro de sermones junto al fuego, comprendió que había llegado el momento de escapar.

En la sala quedaron Andrew y Marion acompañando a Matilda, que se había quedado dormida en una confortable butaca cerca de la chimenea.

Marion, a quien no se le había olvidado en absoluto su conversación anterior con Malcolm, vio la oportunidad de obtener la explicación que deseaba por boca de Andrew, quien, a buen seguro, no sería capaz de andarse con rodeos, como pudiera hacer Ian, o tal vez negarse a contar lo ocurrido, como pudiera ser el caso de Malcolm.

—Estoy expectante por recibir el domingo la visita de lady Arabella Macintosh. —Marion apreció como el rostro del vizconde se sonrojaba—. Me alegraría que acudiera a tomar el té con nosotras. Es una muchacha instruida a la que le agrada mucho la lectura. Seguramente encontraréis temas de qué hablar.

—Claro, cuente conmigo —asintió tímido.

—No le pediría a lord Stewart que nos acompañara. No debe sentirse atraído por este tipo de damas tan instruidas —«No, desde luego que no», pensó. «Él las prefiere más... sencillas»—, teniendo en cuenta que fue expulsado del internado.

—Oh, pero aquello... fue injusto, señorita Trevelyan.

—No me lo mencionó cuando hablamos.

—Mi hermano nunca le contaría que lo expulsaron por mi culpa.

Me admira demasiado y yo a él, por supuesto. Si pude llegar a la universidad fue porque me defendió ante unos matones que me hacían la vida imposible.

—¿Qué pasó? —Quiso saber sumamente interesada.

—Yo acababa de ingresar, tendría unos trece años. Malcolm llevaba unos años allí y nunca tuvo ningún problema. Supongo que mi carácter tímido incitó a unos chicos mayores, que comenzaron a molestarme y a pegarme. No me defendí, no me gustaban las peleas, señorita Trevelyan, debo reconocer, y, además, temía que si me involucraba en alguna trifulca acabaría expulsado, aquellos que me hostigaban tenían influencias poderosas. No le conté nada a mi hermano para no preocuparlo, pero se enteró y tuvo sus más y sus menos con aquellos tipos. No quisieron hacer caso de sus advertencias, y en una ocasión en que me partieron un labio no pude ocultárselo. Les dio una buena paliza a los tres.

—¿A los tres? ¿Él solo?

—Sí, Malcolm es un tipo fuerte, practicaba boxeo, y a aquellos individuos consentidos les faltaba todo el entrenamiento que Malcolm poseía a sus diecisiete años.

—¿Y fue por eso que lo expulsaron?

—De manera injusta, él se defendió, nos defendió a los dos. Mi padre quiso que estudiara en otra escuela, pero Malcolm prefirió terminar sus estudios en casa, con un preceptor, y ayudar a la vez a nuestro padre con sus asuntos. Debo decirle que, si no fuera por Malcolm, probablemente yo no hubiera ido a la universidad.

—Pero... cuando se le prohibió regresar a la escuela, usted se habrá encontrado solo a merced de esos... caballeros.

—Bueno, les dije que su expulsión era temporal y que en cuanto quisiera podría regresar, que no tardaría mucho... Me dejaron vivir el resto del curso y aprendí a defenderme los siguientes años. Me di

cuenta de que si Malcolm me había enseñado a pelear podría vencer a cualquiera, aunque tuve mucho cuidado y evité meterme en líos.

—Vaya..., es toda una historia. Parece que sus juegos salvajes de niños sí tenían una razón de ser, después de todo.

—Sí, digamos que los Stewart somos unos bárbaros con cierto pulido exterior, pero no hay un trasfondo malvado, señorita Trevelyan, y mucho menos en Malcolm.

—Oh, es enternecedor ver cómo se aprecian y se ensalzan los unos a los otros —añadió irónica.

—No lo diría si no estuviera seguro de que es verdad —corroboró.

Marion pensó que tal vez Andrew no estaba enterado de sus líos de faldas con las criadas o, lo que sería peor, no le daría importancia porque lo vería normal en el fondo, aunque no le pareció el tipo de muchacho que se atreviera a comportarse así o a aprobarlo siquiera. Con toda seguridad no estaría enterado de la parte más deshonesta de su querido hermano mayor.

Capítulo 11

Marion continuó frecuentando la compañía de Anne Wright. Pasear con ella hasta el pueblo se convirtió casi en una rutina en cuanto Matilda se marchaba a dormir una de sus largas siestas de alcoba después de comer. Aquello le permitía desfogar su frustración y ejercer alguna actividad que en compañía de la anciana y de sus lentos y cortos paseos no podía.

Mientras caminaban hasta el pueblo, Anne y Marion hablaban de temas sencillos, de la vida en Rothes, de sus quehaceres. Se diría que ambas evitaban deliberadamente que en sus conversaciones aparecieran los Stewart, aunque Marion sabía que Anne invocaba a uno de ellos en sus pensamientos cuando sonreía o suspiraba sin causa aparente.

Al llegar al pueblo, los vecinos la agasajaban precisamente por su parentesco con los Stewart y les contaban anécdotas de su bisabuelo, de su abuela y de sus hermanos, algunas convertidas ya en leyendas que se remontaban a siglos atrás, cuando los Stewart formaban un prestigioso y temido clan escocés.

A veces la conversación era tan interesante, aunque difícil a causa de una pronunciación a la que Marion se iba acostumbrado, que le costaba regresar a tiempo para atender a lady Matilda.

El domingo de esa semana, la anciana se acostó para la consabida siesta y Marion corrió a acompañar a Anne, ya que había sido invitada a una reunión de mujeres en la taberna. Las vecinas se encargaban de preparar los arreglos para la pronta festividad de Samhuinn, que celebraba el fin de la temporada cálida y daba paso al invierno. Por lo que Marion intuyó, aquella celebración con hogueras y bailes tenía sus raíces en la tradición celta y druídica y, aunque no estaba demasiado respaldada por la Iglesia, hizo la vista gorda y se animó a colaborar en lo que pudiera. Ya vería cómo justificaba su ausencia cuando tuviera que permanecer en el pueblo por más tiempo.

Durante los ratos que pasó fuera, nadie la había echado de menos y, dado lo cercano del lugar, no pensó que tuviera que dar ninguna información de lo que hacía mientras se suponía que estaba en su alcoba durmiendo la siesta.

Sin embargo, aquel domingo ella había invitado a Arabella Macintosh a tomar el té y su tía abuela Matilda pidió ser despertada una hora antes para poder esperar con tiempo suficiente a la invitada.

Los minutos pasaron sin que Marion acudiera al encuentro de lady Matilda en la salita, y la anciana, viendo que la señorita Macintosh llegaría pronto, pidió a su doncella que acudiera a la habitación de la muchacha para avisarla, tal vez se habría quedado dormida.

No le tomó apenas unos minutos a la doncella en regresar, contando que no había ni rastro de su señorita en la alcoba. Aquello extrañó sobremanera a la anciana, quien pidió que se la buscara a lo largo y ancho de la mansión y sus alrededores.

El resultado fue nulo. Había desaparecido.

Andrew fue requerido por la alarmada anciana de inmediato, y

este la encontró afligida cuando salió del despacho donde se pasaba gran parte de su tiempo llevando las cuentas y documentos oficiales de los Stewart. Mandó, entonces, un mensaje a Malcolm, que se encontraba en una granja cercana hablando con uno de sus arrendados.

Andrew acompañaba a la preocupada Matilda cuando el conde llegó poco después.

—¿Qué ha sucedido?

—Marion Trevelyan ha desaparecido —explicó Andrew.

—¿No está en la casa?

—Su doncella la ha buscado y tampoco está en los alrededores, ya les he pedido a algunos de los mozos que la busquen. Tendremos que hacer una batida por los bosques, si no aparece.

La anciana reprimió un sollozo.

Malcolm apretó los labios y tensó la mandíbula. Sin decir nada, salió en dirección a la cocina, donde sabía que se encontrarían los sirvientes de mayor edad. Al llegar, se dirigió directamente a la cocinera.

—Agnes, no conseguimos localizar a la señorita Trevelyan, ¿es posible que alguien la haya visto o sepa algo?

—Ah, pero, lord Stewart..., la señorita suele acompañar a Anne Wright al pueblo a mediodía, aunque... es raro que aún no hayan vuelto.

La cocinera lo miró asombrada al percatarse de que el conde era ajeno a las actividades de su huésped; situaciones que ella, desde un primer momento, había reprobado. No era sensato que una señorita y una criada gustaran de su mutua compañía, casi como si fueran «amigas». Lo correcto era que la señorita Trevelyan hubiera visitado el pueblo en compañía de su doncella o de alguno de sus primos, pero... ¡qué sabía ella de las modas de la juventud inglesa!

Cuando lo comentó con otros criados, todos reconocieron que los tiempos estaban cambiando y traían aires nuevos que rayaban incluso en el desdoro. Una señorita y una criada caminando solas por bosques y caminos...

Malcolm entendió sus pensamientos a la perfección y los compartió. Iba a pedir una explicación a la señorita Trevelyan en cuanto la viera. No le importaba que fuera al pueblo y se entretuviera, pero no le parecía bien que lo hiciera a espaldas de todos y con la única compañía de una muchacha más joven que ella.

Regresó al salón para informar, y en su precipitación casi tropezó con Arabella Macintosh, que acababa de llegar.

—Le ruego que me disculpe.

—No es nada... —le aseguró la muchacha algo asustada, pues acababa de ser informada de que Marion había desaparecido.

—¿Por qué no sabías que la señorita Trevelyan va al pueblo a mediodía? —lord Stewart le espetó sin miramientos a Andrew.

—¿Qué va a... dónde?

—Tú estás en la casa, debías saber dónde estaba.

—Nunca me ha dicho nada.

—Por el amor de Dios, Andrew, creí que vosotros pasabais tiempo juntos.

—No más que tú. Me paso las tardes en el despacho, trabajando.

Malcolm no quiso ahondar en la conversación delante de su tía abuela y lady Arabella. Si se ausentaba en muchas ocasiones era para dejar que Andrew y ella pudieran llegar a conocerse. Era el que tenía más opciones de ser elegido. Ya se lo había expresado con total claridad a Marion, y cada vez que lo recordaba, una nube de tormenta en forma de remordimientos, disgusto y arrepentimiento se apoderaba de sus pensamientos y de su ánimo. Pero no era este un momento apropiado para lamentarse.

—Voy a ir a buscarla. Acompaña a lady Matilda y a lady Arabella.

Al llegar a los establos se topó con Ian, quien regresaba de Keith, a donde había ido para ocuparse de la compra de un nuevo semental. Le contó lo sucedido y este se ofreció a acompañarlo.

Capítulo 12

Dado que la cocinera le había dicho que era raro que ellas ya no estuvieran en casa, cabalgaron como almas que lleva el diablo por el camino al pueblo, prestando especial atención a las bifurcaciones del sendero principal, los bosques aledaños y la corriente del río, sin encontrar nada sospechoso. Debían hallarse en el pueblo aún.

Se dirigieron directamente a casa de Anne Wright, ubicada sobre la taberna más popular de Rothes.

Malcolm descabalgó de un salto, ató con premura al caballo en unos de los postes de la entrada y atravesó el vano de la puerta de la taberna, seguido inmediatamente por Ian.

Abrió los ojos de forma espectacular y lanzó un resoplido de alivio cuando encontró a Marion conversando con vecinas del pueblo, sentadas alrededor de una mesa donde las jarras de cervezas se amontonaban.

La joven, ubicada de espaldas a la puerta, volvió la cabeza hacia él en cuanto fue informada por las alegres damas.

Malcolm atrapó su mirada y ninguno la apartó hasta que él llegó hasta donde ella se encontraba.

—Señoras, señoritas... —saludó a los miembros de la mesa, quienes parecían haber estado en entretenida conversación regada

por abundante cerveza—. Señorita Trevelyan, creo que debería acompañarme en este preciso instante —le pidió intentando que no trasluciera demasiado su enojo por la despreocupación de la muchacha.

—Me temo que aún no he terminado la reunión —se excusó ella con una encantadora sonrisa.

—¿Reunión?

—Se trata del Samhuinn. Pertenezco al grupo de señoras que se encargan de los preparativos.

—Ni qué decir tiene que están ustedes invitados a la celebración y que este año, en deferencia a la señorita Trevelyan, los esperamos especialmente —se dirigió a Malcolm e Ian una de las mujeres de mayor edad y que parecía la cabecilla de la reunión. A su lado se encontraba sentada Anne Wright, pero la muchacha no bebía, todo lo contrario de Marion, quien tenía frente a sí el poso de una pinta de la que había dado buena cuenta—. Por favor, tengan a bien tomar una cerveza como atención de la casa, mientras nosotras terminamos en un santiamén.

Marion creyó que el conde le haría un desaire al detectar en su expresión señales de impaciencia, pero les mostró una sonrisa escueta y, antes de dirigirse a la barra, donde le esperaba un extrañamente callado Ian, manifestó:

—Esperaré un momento, pero le recuerdo a la señorita Trevelyan que otras ocupaciones la reclaman en la casa.

Marion frunció el ceño y lo miró pensativa. Estuvo seguro, entonces, de que aquella muchacha no se acordaba de su invitación a la señorita Macintosh ni de que lady Matilda la echaría de menos. Probablemente no habría bebido cerveza en su vida y una pinta habría sido más que suficiente para hacerle olvidar sus obligaciones.

Se acercó a Ian con cara de pocos amigos. Este no pudo

contener una sonrisa y bebió de su jarra, mientras otra llena hasta el borde de espumeante cerveza negra lo esperaba. Se fijó en que los parroquianos del lugar no le quitaban la vista de encima y le dirigían miradas socarronas.

Bebió la mitad de un trago como para apagar la sed del camino, así como el disgusto que le provocaba tener que someterse a los caprichos de aquella testaruda señorita. Pensó en la invitada que la aguardaba y en el susto de lady Matilda, y no podía creerse que él estuviera esperando pacientemente a que ella decidiera cuándo concluir la «reunión» con sus amigas.

Indignado, no reparó en un comentario que le hizo Ian. Apuró el contenido de la jarra y se dijo que ya había esperado lo suficiente, por lo que se dispuso a reclamarle, pero Marion ya se había puesto en pie y se dirigía hacia él de manera no muy coordinada.

—Señora —Marion se dirigió a la mujer que regentaba la taberna —, dígale a Anne que me marcho y que no hace falta que regrese a la casa hoy, sé que no se encuentra bien.

Malcolm observó que la muchacha había desaparecido. Ian tampoco se encontraba ya a su lado. ¿Cuándo demonios lo perdió de vista?, pensó. Había estado tan enfrascado en su malhumor que no había prestado atención a lo que le había dicho.

Salieron al exterior tras despedirse y serle reiterada la invitación a la fiesta por parte de los alegres parroquianos. Los caballos los aguardaban.

—Puede montar en el de Ian. No sé dónde se habrá metido, pero tendrá que volver andando.

—No sé montar a caballo.

Malcolm la miró incrédulo.

—¿No enseñan a las damas inglesas a montar?

—Podría conducir un faetón ligero.

—No dispongo de ninguno en este momento —le contestó irónico—. De todas formas, observándola dudo que pueda mantener el equilibrio sobre un caballo.

—Oh, ¿por qué lo dice?

—Se ve claramente que no está acostumbrada a beber cerveza.

—No. Tampoco nos enseñan a beber cerveza en Inglaterra. ¿Por qué todo parece mucho más divertido en Escocia? —Rio.

Malcolm se perdió un momento en su mirada alegre y su sonrisa dulce y no supo qué contestar. Intentó recuperar la cordura y le recordó:

—Supongo que es una manera de compensar nuestro frío y gris clima, en nada parecido al de Brighton.

—Oh...

—Compartiremos el caballo entonces; acérquese, le ayudaré a montarlo.

Le ayudó a poner el pie en el estribo y la impulsó a subir, sujetándola por la cintura una vez que estuvo sentada, ya que se mantenía en un precario equilibrio. Subió tras ella y se acomodó con cuidado.

—Creí ver a Ian en la taberna.

—Me acompañó a buscarla, pero ahora el desaparecido es él. No me preocupa, sabe cuidarse solito. Encontrará su caballo donde lo dejó.

Marion no se encontraba muy lúcida, reconocía que tal vez la ingesta de aquella bebida amarga que era consumida por casi todos con alegría le provocaba cierto estado de despreocupación, de alegría sin motivo, cierta liberación de los sentidos y de las obligaciones. Así que no pensó si sería apropiado o no montar a caballo con un hombre e incluso cabalgar con él a solas.

Malcolm arreó al animal y se pusieron en marcha a paso

tranquilo. La sujetaba con delicadeza de la cintura. La suavidad de su abrazo y su contacto agradaron a la muchacha, quien se permitió incluso recostarse sobre el pecho del hombre. No lo oyó reprimir un suspiro de satisfacción ni percibió como acercaba el rostro a su cabello y aspiraba su perfume.

—¿Y ha venido a buscarme porque teme por mí? Yo también sé cuidarme sola.

—¿Eso cree? Probablemente se hubiera perdido en el camino de vuelta... —«Después de beberse esa pinta», quiso añadir, pero se contuvo.

—Subestima mi capacidad de orientación, no es la primera vez que recorro este trayecto... ¿Por qué vamos tan aprisa? —se quejó —. Siento que el suelo se mueve demasiado.

—¿Deprisa? Vamos dando un paseo, señorita Trevelyan. Además, ¿no recuerda que la esperaba su invitada?

Malcolm notó como la muchacha daba un respingo.

—¡Dios mío! ¡Lo olvidé! Ah, ¡lady Matilda estará preocupada!

—Celebró que la sensatez haya vuelto a sus sentidos por unos instantes. No se preocupe, ambas están acompañadas por Andrew.

Un suspiro de satisfacción salió de los labios de la muchacha, quien no prestó atención al comentario del caballero acerca de su juicio.

—¡Claro! Eso es justo de lo que se trataba... —Malcolm fue a preguntarle qué había querido decir, pero ella se removió en la silla, y si no hubiera estado sostenida por el caballero, probablemente hubiera dado con sus huesos en el suelo—. Necesito que detenga este animal ahora mismo.

—¿Qué ocurre?

—No puedo explicárselo, se trata de la intimidad de una dama...

—Oh...

El conde detuvo el caballo y la ayudó a bajar. Aún quedaba la mitad del camino por recorrer. Marion observó un momento el cercano bosque y advirtió:

—Voy a internarme un momento en el bosque, le ruego que no mire y mucho menos que se le ocurra seguirme.

—Supongo que se tratan de los efectos secundarios de beber cerveza... —le dijo con una risita irónica que a la joven le resultó molesta.

—Hay cosas más vergonzantes que aliviarse detrás de un matorral un instante... Me resulta mucho más escabroso, por ejemplo, el servirse de una pobre... —Marion se detuvo justo a tiempo para evitar exponer lo que sabía sobre sus intenciones con Anne Wright y que hubiera dejado al descubierto la confesión de la muchacha.

—¿Qué quiere decir?

Malcolm no obtuvo respuesta puesto que Marion ya se alejaba apresuradamente en dirección a los árboles.

Al poco, regresó y se negó a volver a montar en el caballo. Lo cierto era que sentir el contacto de su cuerpo pegado al suyo había despertado en ella sensaciones que le habían hecho olvidar durante unos momentos que Malcolm no era un candidato elegible y que, por tanto, no habría una oportunidad para ellos.

Avanzó caminando a paso rápido, enfurruñada. Malcolm la seguía detrás, sujetando la rienda del animal, desconcertado. Todo había ido bien entre ellos hasta el momento. Al menos, mejor de lo esperado. Ella pareció disfrutar del paseo y abandonar, en cierto modo, la rigidez que solía mantener en su presencia. La sintió relajada sobre su pecho y, sin embargo, ¿qué diablos era lo que le había hecho? ¿Qué le había dicho? Recordó...

Soltó las riendas y palmeó al caballo para que regresara solo a

los establos, que ya podían verse de lejos. La tomó del brazo e hizo que se diera la vuelta para enfrentarlo.

—¿De qué me acusó antes? ¿Qué clase de comportamiento vergonzante me reclama? ¿Por qué me trata con tanta... desconsideración?

Marion miró despectiva la mano que la sujetaba y él la soltó.

—¿Esta es su manera de tratar a las mujeres, lord Stewart? ¿Las toma con brusquedad sin su permiso o, tal vez, se divierte engatusándolas primero?

—No sé qué quiere decir. Nunca he tomado a ninguna mujer sin que lo desee, y muchos menos por la fuerza —contestó sorprendido.

—¡Ah! Entonces debe halagarlas y hacerles creer que rendirse a un lord escocés es lo correcto, porque se casará con ella.

—¿Casarme? ¡Podría pensar sobre ello, desde luego, si usted se tomara la molestia de conocerme y no se comportara como una gata arisca en cuanto poso mis ojos sobre su persona!

—¡¿Qué?! No lo entiendo... Me parece que dejó muy claro que...

—Fui un tonto... un rematado tonto. Yo mismo tendría que haberme dado la oportunidad de conocerla, pese a sus desplantes de mujer altanera y soberbia. Supe desde el primer momento que usted no era una arpía amargada, sino que se limitaba a representar un papel para defenderse...

—Insinúa que ahora estaría dispuesto...

—Seguiría bailando con usted en casa de lady Matilda si no me hubiera apartado de su lado.

Aquella confesión la dejó perpleja, presa de la más absoluta confusión. ¿Estaba intentando burlarse de ella? ¿Esperaba, acaso, encontrar a una esposa formal a la que no le importaran los líos extramatrimoniales de su esposo?

Si pensaba que ella sería una de esas esposas que consentían

relaciones ajenas al matrimonio de aquellos que les prometieron amor y fidelidad ante los ojos de Dios y de los hombres, estaba muy equivocado. Jamás miraría a la cara a un hombre así. No tendría ni la más mínima oportunidad.

Marion anhelaba a alguien que la amara apasionadamente, sin egoísmos, que la cuidara y que estuviera dispuesto a dar su vida por ella si era necesario. Tal vez ya no existían los caballeros andantes, pero no se conformaría con menos, porque el día que amara lo correspondería con esa misma intensidad. No, ella no quería un matrimonio concertado solo para que él la mantuviera, le diera un título y, a cambio, le correspondiera con hijos nacidos de un enlace por interés. No quería una convivencia desapasionada que tuviera que soportar hasta el fin de sus días.

¿Acaso Malcolm Stewart pretendía que ella fuera la tapadera de sus relaciones ilícitas? Se negaba a pensar que aquellos ojos con los que la miraba escondieran mentiras y engaños tan deshonestos.

Sus miradas se enlazaron con intensidad y ella se vio reflejada en sus pupilas. Ante su cercanía apreció el excitante aroma y el calor que emanaba el cuerpo masculino. Tragó saliva, fue consciente de que las piernas se le aflojaban y un ligero mareo la asaltó de repente. Al percibirlo, él la tomo de la cintura para sujetarla y ella rodeó su cuello con los brazos.

Sus rostros quedaron tan cerca que él se mordió los labios para evitar atrapar los suyos. Sin embargo, cuando ella perdió toda cordura y se puso de puntillas para probar el sabor de sus labios, él la correspondió con una pasión que descubrió un ansia contenida desde hacía mucho.

En ese momento nadie echó de menos el juicio y la sensatez. Aunque habían estado discutiendo hacía solo un momento, aunque él había pensado que ella era una mujer testaruda y difícil y a ella le

reconcomía que él flirteara con las criadas porque eso no solía redimirse tras el matrimonio, se abandonaron al deseo que ardía en sus venas y que se extendía por todo su cuerpo.

Los besos se tornaron más intensos, más posesivos; las caricias por encima de la tela, más turbadoras. Ella enterró sus dedos en el cabello de Malcolm, lo atrajo aún más y acopló su cuerpo al suyo como si pudieran fundirse. Él recorrió con sus manos los pechos de la joven y los pellizcó de manera deliciosa por encima del vestido. Aquello fue como si un placentero rayo recorriera su cuerpo y estallara en su vientre, despertando en ella una necesidad tan peligrosa que la devolvió a la realidad, de repente. ¿Qué estaba haciendo?, se preguntó. ¿Qué diantres se suponía que le estaba permitiendo a aquel hombre?

Apartó su boca de la de él y se alejó tanto como pudo. Lo miró con una mezcla de temor y deseo y, sin decir nada, le dio la espalda y caminó rápida en dirección a la casa. Mientras lo hacía se llevó una mano a sus labios para sentirlos palpitar, aún conscientes de los besos del caballero. Los lamió y se deleitó con el sabor de sus besos, y unas lágrimas imprudentes resbalaron por sus mejillas.

Lo oyó llamarla, pero ella imprimió más ritmo a sus pasos y no le hizo caso. En cuanto entró en la casa por la puerta de servicio se limpió las mejillas, se arregló como pudo el cabello y fingió una tranquilidad que en modo alguno sentía. Se detuvo un momento ante la puerta de la salita donde oyó las voces de Andrew y Arabella, y se asomó.

Los vio hablando animados ante un libro abierto, las cabezas muy juntas, sonrientes. Lady Matilda dormitaba en un sillón frente a ellos; los restos de un servicio de té, sobre la mesita.

Dio un paso atrás. No era necesaria su presencia. Podría mudarse de ropa, asearse y bajar a ofrecerles sus disculpas en un

estado menos agitado, menos lamentable. Y procuraría quitarse de la cabeza lo sucedido hacía un momento. Aquello había sido un error.

Se dirigió a las escaleras, y cuando llegó arriba se encontró con Malcolm, esperándola.

—Marion...

—¿Qué ha sido de lo de señorita Trevelyan?

—Tenemos que hablar...

—¿De qué? No hay nada de lo que hablar. Lo ocurrido hace unos momentos ha sido una equivocación. Reconozco que yo propicié una situación de la que me abochorno por completo. Pero usted debió tener en cuenta la pérdida de mi juicio o los efectos secundarios de beber cerveza, como lo llamó antes.

El rostro del caballero mudó de inmediato y su expresión optimista se convirtió en una máscara de decepción y desengaño.

—¿Es lo que ha sucedido realmente?

—Al menos por mi parte, lord Stewart. Y estoy segura de que para usted no habrá significado más que una ligera diversión.

—En absoluto, señorita Trevelyan —«En realidad, me he entregado por completo, como nunca pensé que lo haría, reconozco que me ha derrotado y, sin embargo, usted ha pisoteado mis sentimientos», quiso transmitirle. No obstante, el orgullo se apoderó de él y de sus labios no salió más que una mueca irónica—, pero no la molestaré más. Tiene mi palabra de que no volverá a repetirse.

Marion asintió insegura, con una expresión desolada. Se marchó a su alcoba dejando al conde de Rothes donde estaba, preguntándose qué había sido de sus propósitos de no enamorarse de una joven que desde el primer momento presintió que le complicaría la vida. Finalmente lo había atrapado, le había permitido tocar el cielo con las yemas de los dedos y después le había abierto

los ojos a la realidad de su indiferencia, de su desprecio con extrema crueldad. Tal vez lo mereciera.

Quizá alguno de sus hermanos tuviera una oportunidad, tal vez ninguno. Pero desde luego, él no sería el elegido

Capítulo 13

Las visitas de Arabella Macintosh se hicieron cada vez más frecuentes, y en todas ellas llevaba un libro entre sus manos que comentaba a ratos con Andrew, mientras Marion y lady Matilda jugaban a las cartas.

El caballero parecía feliz cuando recibía a lady Arabella y, al estar presente en sus conversaciones en la salita, Marion había descubierto que no solo hablaban de lecturas y que su forma de entender el mundo y sus caracteres se complementaban a la perfección.

Por su parte, Arabella no le veía más que virtudes al caballero, y se encontraba en una nube de felicidad que compartía con Marion. Aquel secreto entre las dos las acabó convirtiendo en muy buenas amigas.

Lady Matilda tampoco era ajena al interés de su sobrino por la joven Macintosh, y lo aprobaba, pero no dejaba de preguntarse por qué Marion no avanzaba en sus relaciones con ninguno de los Stewart restantes. Sus encuentros con Malcolm se limitaban a alguna que otra comida, y si bien parecía gustar de la compañía de Ian y reírle sus chanzas, no cabían dudas de que no lo tomaba en serio.

Aunque los días invernales ya se vislumbraban en el horizonte, la temperatura había descendido y la bruma envolvía el paisaje más de lo acostumbrado; aquel día amaneció cálido y, por tanto, lady Matilda y Marion aprovecharon para dar un pequeño paseo antes de la consabida siesta de la anciana.

A un ritmo reposado y en voz alta, la anciana charlaba con la muchacha.

—Supongo que habrás recibido carta de tu madre.

—Así es. Le envía recuerdos y promete escribirle pronto.

—¿Y qué tal se encuentra lord Spencer?

—Mejora lentamente, el médico es optimista.

—Eso es una gran noticia. ¿Dice Catherine cuándo va a regresar aquí junto a tu padre?

—No, no me habla de un regreso pronto. Quizá cuando le escriba a usted le proporcione más información.

—Tendremos que contarle que Andrew ha encontrado a una joven de la que se siente especialmente encandilado. Mis ojos no son lo que eran, ni mis oídos. A mis ochenta y mucho no puedo esperar gran cosa, me han servido durante muchos años y ya están tan gastados como mi cuerpo, pero aún soy capaz de darme cuenta de cuando dos personas se sienten atraídas.

—Estoy de acuerdo. Hacen una bonita pareja.

—Me alegro de que lo veas así. Eso significa que Andrew Stewart no era tu favorito.

Marion se limitó a asentir levemente con la cabeza.

—Luego, nos queda Ian... y Malcolm. —La joven se preguntó hasta dónde querría llegar la anciana con sus indagaciones tan indiscretas. Estaba segura de que si le exponía de manera tajante su nula intención de casarse con ninguno de ellos la disgustaría en demasía, así que decidió ser prudente, dejarla hablar y sortear como

pudiera sus opiniones.

Como la muchacha no aclaraba nada, la anciana siguió con sus cavilaciones.

—Diría que Ian te es más simpático, que su desparpajo y sentido del humor son parecidos a los tuyos y que no faltarían las risas en vuestra relación, pero... creo que tu madurez es superior a la suya y que acabarías cansándote de un muchacho de tu misma edad.

—Estoy de acuerdo —afirmó Marion escueta, con un hilo de voz, por lo que no supo si la anciana la oyó.

—En cambio, Malcolm dispone de esa madurez que probablemente necesites en un compañero de vida, y sin embargo... parece que os rehuís mutuamente. Esto es extraño, debe de haber ocurrido algo entre vosotros para que os mostréis tan esquivos, pero... detecto cómo os tiembla la voz en las escasas ocasiones en que uno se dirige al otro.

¿Qué sentido tendría decirle a la anciana que si hubiera un elegido sería él, pero que aquello era imposible porque se interponía su *affaire* con la sirvienta? En torno a Malcolm sobrevolaba, además, la sospecha de que Anne no hubiera sido la única muchacha a la que hubiera seducido y que, probablemente, habría habido muchas antes. Ya lo intentó con ella y estuvo a punto de dejarse llevar, pero Marion jamás se convertiría en la esposa de un hombre tan ruin, por mucho que la atrajera.

¡Oh, deseaba marcharse cuanto antes de Rothes! Volver a la despreocupación de Brighton. Echaría mucho de menos a lady Matilda, a Andrew y Arabella, a Ian..., incluso a Malcolm, pero él era precisamente el que le provocaba la necesidad de huir lejos.

—Tal vez mi destino no sea recibir brezos de Malcolm, lady Matilda. —La anciana la miró sin comprender—. Volvamos a la casa, comienza a refrescar y es la hora de su siesta.

Tras dejar a la anciana en su alcoba a cargo de su doncella, Marion bajó a la salita para dedicar un rato a la lectura de un libro recomendado encarecidamente por Andrew. El joven sentía un orgullo especial al ver como su, aparentemente, tosca prima comenzaba a gustar de la lectura. Marion no lo desengañó confesándole que esta era una afición adquirida ya en su niñez. Cuando llegara el momento de hacerlo, esperaba que él lo tomara como una broma más que como una mentira.

Al entrar en la salita vio un ramillete de brezos blancos sobre la mesa y una chaqueta tirada de cualquier forma sobre la butaca. La visión de las flores la hizo envararse y sintió en su garganta un sabor amargo. Malcolm continuaba con sus tretas. Las habría traído para Anne y las había dejado olvidadas allí. Se dio media vuelta para marcharse y tropezó con Ian, quien entraba en ese momento en la estancia.

—Perdona mi descuido, prima, —Marion finalmente había consentido que Ian la tuteara ante su buena relación—. Olvidé la chaqueta y ... eh, esas flores son para ti.

—¿Brezos blancos? Es que todos los Stewart... ¿Las has recogido tú? —La joven preguntó sorprendida y aturdida a la vez. Una idea se abría paso en sus pensamientos, algo que había ignorado y que tal vez tenía sentido y hacía que todo encajara—. ¿Qué significan?

—Se dice que simbolizan el amor puro y la esperanza... —le dijo titubeante. Marion recordó la misma explicación por boca de Anne.

—Ya..., pero no me las regalas por eso... En realidad, es Anne Wright la que debía haber recibido estas flores, ¿verdad, Ian?

El caballero compuso un rostro serio. Apretó los labios como si lo hubieran pillado en falta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿No la has encontrado o tal vez el hecho de que yo las viera te ha impelido a disimular y regalármelas? —Ian

apartó la vista de ella, simuló mirar por la ventana junto a la que se encontraba y, finalmente, bajó la cabeza.

La expresión de su rostro y su comportamiento le mostraron la verdad sin necesidad de palabras. Marion sintió un intenso pellizco en el corazón por haber pensado mal de Malcolm, por creer que era el que seducía a la muchacha y la atraía respaldado por el encanto y el poder que le daba su título. No se trató nunca de Malcolm. Era Ian. Lord Stewart era Ian. Anne no se refirió a él como el barón de Fordell, sino con un título subsidiario, que compartía con sus hermanos. No era lo habitual, pero entendía que la muchacha lo usase.

—No puedo creer que le hagas esto a esa muchacha... ni a ninguna otra.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te diviertes seduciendo sirvientas? —Aquella recriminación la hizo enrojecer y notó cómo sus mejillas ardían. Las damas no se entrometían en «asuntos» masculinos, pero estaba tan indignada que prosiguió a pesar de la vergüenza—: Anne no se merece que te diviertas a costa de ella. ¿Qué piensas hacer si... llegara a concebir una criatura? ¿Te desentenderías de tu bastardo?

—Marion...

—¿La dejarías señalada de por vida y pasarías a la siguiente? No lo apruebo, Ian, y puede que mi opinión no te importe gran cosa, pero me parece absolutamente...

—¡Basta, Marion!

La muchacha lo miró sorprendida. En su rostro vio la huella de una profunda preocupación y de una determinación firme.

—No es lo que tú piensas. La quiero.

Marion exhaló un suspiro contenido y se acercó a él, quien aún permanecía junto a la ventana. Ian continuó:

—No necesito seducir a las criadas para divertirme. No imaginas las mujeres que pueden llegar a ofrecer su tiempo y su cuerpo a jóvenes que les agradan. Y yo nunca he podido quejarme. Pero Anne no es de esas, no es una mujer a la que quiera seducir y olvidar. Yo la amo y ella me corresponde..., y deseo hacer lo correcto. Quiero casarme con ella, Marion. ¿Te sorprende?

—Nunca hubiera pensado que alguien aparentemente tan despreocupado como tú pudiera...

—Lo imagino. Comenzó con un flirteo sin importancia, pero su firme negativa ante mis avances y su personalidad me atrajeron tanto como su belleza. Es una muchacha increíble, paciente, bondadosa, honesta... Ahora no puedo olvidarla y no me importa renunciar a la soltería por estar a su lado. Ayúdame, Marion...

Ian se acercó a ella y la tomó de las manos parar reforzar su súplica. La muchacha lo escuchó con interés.

—Quiero que me ayudes a convencer a Malcolm y a la tía Matilda. Se opondrán a que me case con ella, alegarán su baja procedencia, su falta de modales en nuestra sociedad, mi título o mi juventud... Todo me da igual, es con ella con quien quiero pasar el resto de mi vida, aunque tenga que renunciar a una posición o a un título.

Marion le acarició una mejilla, empática. No pudo reprimir el deseo de hacerle sentir que lo comprendía, en el fondo. Ella también había descubierto lo que era amar, pero aquel sentimiento estaba atrapado en su alma, coartado por reglas autoimpuestas y no sabía si, después de todo, sería compartido.

Intentó olvidar sus desvelos y centrarse en Ian. Su hermoso rostro se iluminaba lleno de esperanza al hablar de Anne, y que confiara en ella para una misión tan peliaguda la llenó de dicha y responsabilidad.

—Todo este tiempo creyendo que eras un candidato elegible... —bromeó Marion—. ¡Qué tonta! —Rio.

Ian mostró una expresión desconcertada durante unos instantes.

—Pero yo nunca tuve ninguna opción, ¿verdad, Marion?

—Ni la más mínima —le aseguró ella.

—Porque, en verdad, el elegido es Malcolm.

Marion le sonrió tímida, no quiso hablar de su situación.

—Te ayudaré, te lo prometo. No sé cómo lo haré, pero hablaré con lady Matilda... e intentaré hacer lo mismo con Malcolm, aunque no creo que me escuche. No me he portado demasiado bien con él, últimamente.

—Ya lo he percibido... Os tomáis la gran molestia de ignoraros cuando en realidad os consumen las ganas de estar juntos. Tú también necesitas solucionar algunas cosas.

—Lo pensaré, pero ahora debemos centrarnos en tu... asunto, Ian. Te agradezco que cuentes conmigo y me hayas pedido ayuda, pero sé que si no hubieras olvidado el brezo no hubiéramos tenido esta conversación.

—Afortunadamente, las cosas suceden por algún motivo... Gracias, Marion, acabe esto como acabe, incluso si tengo que raptar a Anne y marcharme a vivir al bosque.

La muchacha rio e Ian la abrazó, agradecido y emocionado por encontrar una aliada que lo comprendía.

Tras volver de sus tierras, Malcolm había dejado el caballo en los establos y cruzado el jardín camino de la casa. Se detuvo al contemplar la bella estampa de Marion tras la ventana del salón, hablando con su hermano. Se llevaban bien, pero parecían discutir algo que los preocupaba. La tensión entre ellos se relajó cuando Ian la tomó de las manos y ella acarició su mejilla. Aquella caricia de Marion fue como si él hubiera recibido una bofetada, que se agravó

cuando los vio abrazándose emocionados con una sonrisa de dicha.

El conde apartó la mirada y continuó caminando. No entraría en la casa hasta que no pudiera enfrentarse a lo que le esperaba. Marion, al final, sí había elegido.

Capítulo 14

Malcolm no volvió a coincidir con Marion más que en las comidas y no podía evitar mostrarse preocupado, expectante, un reflejo de cómo en realidad se sentían también Marion e Ian. Ninguno podía exponer lo que le preocupaba en esos momentos y, probablemente, cada uno le dio una explicación errónea a la inquietud del otro.

Malcolm esperaba doliente que, en cualquier momento, alguno de ellos, o los dos, le anunciaran su compromiso. No entendía por qué lo posponían. Marion, a su vez, pensaba que Malcolm tendría problemas relativos a las tierras puesto que cada vez estaba más tiempo fuera de casa, aludiendo asuntos de trabajo.

Varios días pasaron y Marion no encontró la oportunidad de hablar con el conde. Sí lo hizo con Anne, a la que continuaba acompañando al pueblo para ayudar con los preparativos de la festividad de Samhuinn.

La sirvienta le confirmó su relación con Ian, lo muy enamorados que estaban y que lo que había surgido entre ellos había sido algo inevitable, ya que ella nunca quiso perjudicarlo. Anne reconocía que ella no sería la esposa que los Stewart habrían querido para su hermano menor. Una criada no era la mejor candidata para un barón.

Marion la consoló asegurándole que todo saldría bien, que lo importante era que ellos se amaban, aunque temía que aquellas fueran palabras vacías, pues no estaba en sus manos la decisión final.

La muchacha confiaba en que sus padres se demoraran en regresar. Si su madre no se hubiera marchado, su constante presencia a su lado la hubiera privado de la libertad que ahora gozaba. Con ellos en la casa, todo lo que estaba ocurriendo alcanzaría tintes de tragedia griega, pensó. Andrew estaba a punto de comprometerse con Arabella, Ian se había enamorado de una sirvienta y Malcolm la evitaba a causa de su rechazo y su desprecio. Y para colmo se reunía en el pueblo con las vecinas para preparar y participar de una fiesta popular pagana.

No, definitivamente sería mejor que aún no aparecieran durante unas semanas, porque comprobarían lo que ella había hecho con la libertad que su madre le había dado y, con toda seguridad, encontrarían que no solo no había avanzado en su causa, sino que los problemas habían salido a su encuentro.

Quien sí llegó aquel mediodía en su carruaje, tras el almuerzo, fue Arabella, acompañada por su hermana Fiona.

Tras ser recibidas por los Stewart y convidadas a tomar café, Arabella se disculpó por la visita a tan inoportuna hora y sin haber sido previamente invitadas.

—Sentimos mucho molestarlos sin avisar con antelación, pero mi hermana Fiona y yo queríamos traerles personalmente unas invitaciones para su cumpleaños.

—Lo celebraré el próximo sábado. Cumpliré dieciocho. No todos los días se festeja esa edad, ¿verdad? —Fiona tomó la palabra de inmediato y comenzó a hablar con un desparpajo inusitado para alguien tan joven—. Estaré encantada de que los Stewart asistan.

Estoy segura de que el vizconde de Fenton lo hará y sería un placer para mí que lo acompañaran el barón de Fordell y, por supuesto, lord Stewart —le dijo mirándolo con arrobo y batir de pestañas.

Marion la contempló a su vez con hastío y trató de reprimir un comentario mordaz. Aquel truco de seducción e intento de mostrar interés por un hombre ya estaba muy manido, pero solía funcionar; el caballero en cuestión solía darse por aludido, por lo que su mirada se posó de inmediato en Malcolm para comprobar si la correspondía. No detectó un especial interés en su rostro. El conde se limitó a carraspear, como si necesitara aclararse la voz. Arabella entendió el asunto y salió en ayuda de su tonta hermana.

—Por supuesto las invitaciones se han cursado para que lady Matilda y su sobrina nieta, la señorita Marion Trevelyan, acudan acompañadas de los caballeros.

—Ah, sí, claro —confirmó Fiona.

—Me temo, lady Arabella, que justo este sábado no será posible. Ya tenemos un compromiso anterior —se disculpó Marion—. Prometimos asistir a la fiesta de Samhuinn.

Arabella asintió, ya Marion le había hablado de ello, pero olvidó la fecha. Fiona, en cambio, mostró una expresión molesta.

—¿La fiesta de Rothes? Es una celebración popular, para campesinos... —aseguró dándoles a entender que se rebajarían si acudían.

—Perdimos la costumbre de asistir hace muchos años, algo que debimos haber reparado. Rothes es uno de los pueblos que se fundaron en torno al clan Stewart, cuyos habitantes estuvieron bajo nuestro amparo en otros tiempos y ahora trabajan nuestras tierras. Es una muestra de cortesía asistir y compartir con ellos una de sus celebraciones más emblemáticas y preciadas. Este año, gracias a la señorita Trevelyan, han vuelto a contar con nosotros y no podemos

negarnos, comprenda que tengamos que declinar su amable invitación —explicó Malcolm.

—Pero... —protestó Fiona.

—Yo asistiré a su cumpleaños, lady Fiona —anunció Andrew mirando a Arabella—. Y, si lady Matilda lo desea, la llevaré conmigo.

La anciana sonrió. Ian también comentó su parecer.

—Yo, por mi parte, me debo a los vecinos de Rothes. Ya me he comprometido formalmente con ellos. Me apena sobremanera no poder asistir a su cumpleaños, pero necesito priorizar mis obligaciones... —Marion fue la única que entendió el doble significado de aquellas palabras... y la connotación sarcástica que las acompañó.

—Oh... —Fiona Macintosh no podía creer que su invitación no hubiera sido aceptada y aplaudida. Ella confió en que los hermanos Stewart acudirían sin pensarlo. Si su hermana Arabella, tan tímida e insulsa a su parecer, había conseguido pescar a uno de ellos, no veía por qué ella no podría llevarse el premio gordo, o consolarse al menos con el barón. Frunció el ceño, malhumorada, pensando que el hecho de que el vizconde fuera a su cumpleaños era lógico, pero en nada le servía a ella.

Arabella, quien conocía el carácter de su hermana y ya se resignaba a volver a casa oyendo una sarta de reproches sobre las inexplicables preferencias de los Stewart, concluyó la conversación, pues sentía que los había molestado bastante.

—Entendemos que deban cumplir con sus compromisos y obligaciones, lord Stewart, en otra ocasión será. Y les estamos muy agradecidas al vizconde y lady Matilda por acompañarnos ese día. Si nos disculpan, no queremos entretenerlos más...

Andrew y Marion las acompañaron a la puerta, y para cuando regresaron, Ian y Malcolm ya habían desaparecido.

Capítulo 15

Ian y Marion estuvieron esperando a Malcolm hasta avanzada la tarde, pero no apareció. Tenía una reunión en Keith con otros propietarios y supusieron que se habría alargado más de lo conveniente, por lo que decidieron dirigirse a Rothes, donde esperaban que se encontrara con ellos más tarde. El *provost*, o alcalde del pueblo, iba a dirigir unas palabras a sus convecinos y sería conveniente que alguno de los Stewart se encontrara presente.

Tras estas palabras comenzaría la celebración del Samhuinn, en el que se despedirían definitivamente del calor y el buen tiempo y darían la bienvenida a los fríos invernales, la oscuridad, la época del año más propicia para los encantamientos y hechizos, para la aparición de espíritus indeseados que ellos esperaban ahuyentar con la celebración que tendría lugar.

Andrew se encontraba aguardando a lady Matilda. En cuanto estuviera lista, subirían al carruaje, que ya se hallaba dispuesto, en dirección a la finca de los Macintosh, donde su querida Arabella lo esperaba. A pesar de ello, no pudo evitar dirigir una mirada anhelante a su hermano, que tenía algo de burlona si se fijaba en su disfraz. Le hubiera encantado acompañarlo junto a Marion y Malcolm y llevar consigo a Arabella, hacerla partícipe de aquella festividad tan

peculiar. Aquel festival siempre le resultó misterioso y divertido, y hubiera querido mostrárselo a Arabella y comparar sus recuerdos infantiles con unos nuevos como adulto.

—Espero que os divirtáis. Prometedme que mañana me lo contareis todo —le pidió.

—¿Me confiarás tú lo que piensas hacer esta noche en compañía de tu querida Arabella? —se burló Ian.

—Podría decírtelo, por supuesto. ¿Qué cree tu retorcida imaginación que haré en presencia de decenas de invitados y de su familia?

—Siempre podréis escabulliros por un rato entre las sombras del jardín... —Rio Ian—. ¡Ah, no! Estamos hablando del prudente y formal Andrew Stewart. ¡Vaya! Me temo, entonces, que Arabella pasará una velada de lo más aburrida...

—Lávate la boca si tienes que hablar de ella —lo riñó su hermano, molesto.

La discusión no llegó a más, ya que en ese instante unos pasos en la escalera les dieron a entender que las damas ya se encontraban preparadas. Marion y Matilda se habían ayudado mutuamente a la hora de elegir sus vestidos, y los lucían conforme descendían con cuidado los escalones, Matilda bien amparada en el brazo de su sobrina.

Si bien la anciana se distinguía con un elegante traje negro, color que solía ser el que vestía habitualmente desde que murió su esposo, el atuendo de Marion impresionaba.

La muchacha llevaba un antiguo vestido de su tía abuela que tenía décadas, y aunque era de confección sencilla, según la moda de los años cuarenta, y su color amarillo se había desvanecido convirtiéndose casi en un *beige*, no por ello dejaba de resultar elegante. Un cinturón deshilachado de seda roja resaltaba su

cintura, y le había prendido varias flores que parecían derramarse por su talle. Lo acompañaba de un antifaz de encaje en color dorado y se había recogido el cabello, adornándolo con pequeñas flores y plumas, dejando que algunos de sus bucles oscuros resbalaran por sus hombros.

Ian, por su parte, llevaba una vieja chaqueta de corte militar que había pertenecido a algún antepasado y que le quedaba un par de tallas grande.

—Pareces un espantapájaros —le susurró Andrew, sin poderse contenerse.

—De eso se trata. Hay que ahuyentar a los malos espíritus, no atraerlos. Tú no necesitarías disfraz alguno para repelerlos —le contestó. Sin prestarle más atención se dirigió a Marion y a Matilda —. Estoy seguro de que mis ojos se posan sobre las más bellas damas de la comarca —afirmó a voz en grito para que la anciana lo oyera.

—Eres muy amable con mi persona, Ian —le agradeció su tía abuela—. No dudes de lo mucho que te quiero, muchacho, a pesar de que eres un redomado embustero y un seductor empedernido. Centra esas dotes de galanteo en alguien más acorde a tu edad —le aconsejó pensando que, ya que Malcolm y Marion no parecían avanzar en su relación, y, en cambio, Ian y la muchacha parecían llevarse bien y traer secretitos entre manos, tal vez ellos hubieran congeniado. Le apenaba que Malcolm, el mayor y quien debiera casarse primero, no lo hiciera, pero se consolaría pensando que Marion formaría de nuevo parte de los Stewart, aunque no hubiera elegido a su favorito.

Cuando Andrew y la anciana partieron, Ian y Marion hicieron lo mismo en dirección norte. Ya habían aguardado lo suficiente al conde. Llegar tarde y perderse el sermón inicial del *provost* sería

desconsiderado, por lo que se pusieron en camino en un faetón. Esperaban que Malcolm los siguiera cuando llegara, finalmente.

Hacía una tarde apacible y una brisa inusualmente templada llegaba hasta ellos, un regalo teniendo en cuenta lo avanzado del año.

Ian recordaba la celebración del Samhuinn cuando era muy niño. Una fiesta pagana, desvergonzada, en la que todos se disfrazaban con ropas viejas, rotas, manchadas a propósito, con pieles de animales, se afeaban las caras, tiznándolas o pintándolas, se despeinaban a propósito, y se adornaban las cabezas con plumas, flores marchitas o secas, o con sombreros estrafalarios, con cuernos de animales o ramas que los asemejaban. Se trataba de asustar a los malos espíritus que asomaban sus temibles caras en invierno: hambre, frío, enfermedad, guerras, muerte... Con aquellos fuegos, bailes y cánticos, con aquellos extraños disfraces, con la participación conjunta del pueblo y la abundancia de comida, los antiguos creyentes habían pensado poder conjurar las plagas, el hambre y la oscuridad del invierno; y aunque no era una fiesta aceptada por la Iglesia, esta la ignoraba a propósito y continuaba dejando que los escoceses del norte aún la celebraran.

Pese a lo mucho que le habían hablado de los ritos y los disfraces, Marion no estaba preparada para lo que encontró cuando llegó al claro en el bosque en el que el sermón tendría lugar.

Los vecinos se arremolinaban en torno a una multitud de ramas apiladas, que formaba una hoguera de prodigiosas dimensiones. Adultos y niños se encontraban disfrazados con peculiares ropajes; la mayoría de las caras, cubiertas de tintura negra, donde solo los ojos claros destacaban. Algunos de los disfraces parecían amables, otros semejaban a demonios, sátiros y criaturas dignas de pesadillas. Daban miedo hasta que alguien los miraba con

prevención y aquellos monstruos sacaban sus lenguas, divertidos.

Algunos niños mostraban sus caritas más resplandecientes, otros se escondían asustados entre las faldas de sus madres, pero todos dirigían anhelantes miradas a las mesas cargadas de dulces de calabaza y manzana, y otras tantas viandas que Marion había ayudado a preparar.

Ella e Ian fueron reclamados por el *provost*, y este comenzó su sermón leyendo, ante la pira, un pergamino antiguo que se remontaba a cientos de años atrás, en el que se pedía la colaboración de los espíritus de la tierra, del aire, del fuego y del agua para ahuyentar a los seres malignos. El manuscrito terminaba con el ruego al antiguo *laird* del clan Stewart para que continuara protegiéndolos como hasta entonces. Tras acabar la lectura, el *provost* volvió a solicitarlo, esta vez a la representación actual del clan, Ian, sobre quien recayó el honor y el deber, al no encontrarse el conde, y le agradeció su presencia entre ellos después de muchos años de ausencia.

Ian asintió contundente y musitó unas palabras de agradecimiento. Malcolm era el que llevaba el acontecer y el trato diario con los vecinos. Él solo se ocupaba del ganado y de los caballos, especialmente. Era el conde, pensó algo molesto, el que debía encontrarse allí. Él habría sabido qué decir; sin embargo, les dejó a Marion y a él mismo la responsabilidad. Y aún no se había acabado su quehacer puesto que el *provost* le entregó una antorcha para que encendiera la pira. La acercó y la enterró entre las ramas. La llama prendió rápido y pronto se elevó hacia el cielo, justo cuando las primeras estrellas hacían su aparición.

El *provost* arrojó unas hierbas al fuego, entonces, a la vez que centenares de velas restringidas en los confines de calabazas huecas comenzaron a ser encendidas por los vecinos a partir de un rescoldo

de la hoguera central, y un camino que partía desde el claro del bosque se fue iluminando con el resplandor rojizo de las inusitadas linternas. Un camino que, le habían contado a Marion, acabaría en el lago y que sería de obligatoria visita para quien quisiera purificarse y prepararse para el invierno. La joven pensó que, aunque la noche no estaba resultando fría, habría que ser muy atrevido para sumergirse en las aguas del lago en esa época del año.

Una vez que el fuego situado en el centro del claro fue encendido, los músicos empezaron a tocar alegres melodías populares y la gente comenzó a bailar en torno a la hoguera. Las mesas que albergaban las viandas se llenaron de vecinos deseosos de probar las exquisiteces que se habían preparado con los productos típicos del otoño, además de las omnipresentes calabazas, así como coles, repollos, nabos, zanahorias, moras, arándanos... mezclados en un sinfín de deliciosos platos, guisos combinados con carne de caza, sopas, purés, dulces y galletas.

Marion pudo contener a las señoras del Samhuinn mientras estuvo comiendo, pero una vez que se sació, la convidaron a beber *heather mead*, un brebaje elaborado con brezo, miel, cebada y lúpulo con un sabor que le pareció más dulce que la cerveza y que bebió con precaución. Después, no pudo negarse por más tiempo a bailar alrededor de la hoguera, en una divertida danza que giraba en torno a ella y en círculos individuales, con un incesante intercambio de parejas. Desde allí pudo vislumbrar a Anne y a Ian, quien había desaparecido de su lado tan pronto como las señoras se le acercaron.

Marion no necesitó que el barón le dijera dónde se encontraba, lo había imaginado. Se había mostrado inquieto desde que llegaron al claro del bosque. Sabía que buscaba a Anne. Y una vez que la halló, Ian no se molestó en disimular su preferencia por tenerla a su

lado, ante todos.

La pareja fue a su encuentro y la muchacha la saludó. Llevaba una túnica blanca, el rostro tiznado levemente de carbón y una corona hecha con brezos blancos. Marion se dijo que nunca la había visto tan sonriente y feliz, al igual que Ian, quien parecía comérsela con los ojos.

La joven aprovechó que todos estaban distraídos para salir del círculo de bailarines y dirigirse a una zona más tranquila del claro. Era noche cerrada y Malcolm no había llegado. Tal vez no habría regresado aún, o quizá lo hubiera hecho, pero no le apetecía involucrarse. Aquello le extrañó, porque los vecinos confiaban en que aparecería. Sin embargo, había dejado que Ian actuase en su nombre ante el *provost*. ¿Estaba permitiendo que Ian adquiriera más responsabilidades por alguna razón o le habría sucedido algo en el camino de Keith hasta la casa?, caviló preocupada.

No imaginó que Malcolm estaba dejando a solas a Ian y a ella deliberadamente, creyendo que era el deseo de ambos y temiendo que tan pronto él los acompañara, ambos le expondrían las nuevas de su compromiso.

Capítulo 16

Desde el lugar que había elegido, Marion contemplaba la hoguera llameante y las extrañas figuras que danzaban a su alrededor. Era una estampa delirante, digna de la peor pesadilla, y, si no supiera que quienes se encontraban debajo de aquellos disfraces eran los vecinos de Rothes, hubiera dicho que diablos, brujas y espectros habían tomado posesión, aquella noche, del claro del bosque.

Dos hombres disfrazados con pieles de animales y cuernos asomaron de entre los árboles más próximos y se acercaron a ella.

—Pero mira a quién tenemos aquí... —le espetó uno de ellos en un tono que no le gustó en absoluto.

—No puede negar que se trata de la invitada de los Stewart, fíjate en la calidad de su vestido —dijo el otro intentando tocarlo.

Marion se apartó, molesta. Aquellas voces hablaban de la mucha ingesta de alcohol, y el brillo malicioso de sus miradas no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo es posible que una dama de su categoría se encuentre tan sola? ¿Es que acaso los Stewart no aprecian lo que vale?

—Nosotros sí la apreciaríamos de veras. Venga con nosotros, señorita, le enseñaremos lo que es un hombre de verdad...

No pudo decir mucho más aquel individuo, ya que un guerrero

surgido de no supo dónde atrapó el cuello de su túnica y lo levantó en volandas.

—Ni se te ocurra dirigirte a ella... o lo pagarás muy caro —lo amenazó, zarandeándolo.

El hombre, aturdido, apenas pudo mascullar una negativa, deseoso de volver a sentir el suelo bajo sus pies. El que lo acompañaba retrocedió un tanto al percatarse de quién había acudido al rescate de la dama.

—No pretendíamos nada... solo bromeábamos. No volverá a suceder..., conde.

El guerrero arrojó su presa al suelo y ambos individuos huyeron tan pronto se vieron libres.

—¿Dónde está Ian? ¿Por qué no está con él? —Quiso saber, enfadado, en cuanto se deshizo de ellos—. Voy a darle la paliza que no les he dado a estos indeseables por dejarla sola.

Marion lo miró asombrada. Al principio no lo reconoció, pero su voz, su inconfundible voz, aunque ronca por la furia, le desveló que aquel guerrero medieval era el conde de Rothes.

Y al contemplarlo ahora frente a ella, airado, a pesar de lo extraño de sus ropajes, del cabello despeinado y de que su rostro lucía pintado como los camuflajes en tiempos de guerra que ella había visto en los libros antiguos, no tuvo ninguna duda de que se trataba de él. La intensa y brillante mirada de sus ojos verdes lo delataba. También lo hacía su complexión, aunque esta se veía expuesta como nunca antes y comprobarlo aceleró la respiración de Marion, así como los latidos de su corazón cuando recreó su vista, sin pudor, sobre su cuerpo.

Malcolm le recordó a un dios de la guerra por su porte y su vestimenta. Llevaba una desgarrada camisa abierta que mostraba la parte superior de su amplio pecho y sus antebrazos al desnudo. Un

plaid de lana cruzaba parcialmente el torso y se sujetaba con un broche al hombro. Sus piernas se encontraban aprisionadas por unas calzas ajustadas en tono marrón, atadas con cintas a la usanza medieval, y mostraban su fuerte musculatura. Unas *brogues*, o antiguas botas de cuero curtido, protegían sus pies.

La joven no pudo más que deleitarse en la figura de aquel imponente guerrero frente a sí, mostrando mucho más de lo que ella alcanzaba a vislumbrar debajo de sus usuales y elegantes trajes de caballero. Le satisfizo saber que era mucho más interesante de lo que había podido llegar a imaginar y se mordió los labios para reprimir un suspiro, olvidado ya el desagradable episodio con los dos individuos.

—Me alegro de que haya podido venir, al fin —le respondió sonriente. Estaba tan contenta de verlo que no reparó en su pregunta acerca de Ian—. Casi no lo reconozco. Es un disfraz... muy acertado. Espantará a los malos espíritus con su atuendo de guerrero medieval.

El rostro serio del conde mudó un instante al esbozar una sonrisa sarcástica.

—En cambio usted, señorita Trevelyan, me temo que los atrae como polillas a una llama con su belleza, como así ha sido. ¿Por qué ese cabeza hueca de Ian la ha dejado sola?

—Fue mi decisión alejarme un tanto del bullicio. Además, él tiene sus motivos, y de ellos quería hablarle precisamente.

—¿Motivos para dejarla a merced de unos maleantes? Voy a pedirle explicaciones ahora mismo.

—¡No! —Marion temió que lo encontrara y se enzarzara en una discusión que no era la que le interesaba en esos momentos, o que lo viera con Anne sin que ella hubiera podido preparar el terreno antes—. Ya le he dicho que es culpa mía por haberme alejado.

—No es culpable de que esos canallas vinieran a molestarla. Tendría que haberlos apaleado.

—Creo que los ha asustado y se lo pensarán mejor antes de volver a importunar a alguien, nunca se sabe cuándo ni de dónde pueda surgir un temible guerrero medieval experto en boxeo.

—¿Cómo sabe...?

—Tengo mis fuentes...

—Ya... —masculló creyendo que habría sido Ian quien le habría contado de su afición, así como cualquier otra cosa, en la intimidad que estaría surgiendo entre los dos.

Marion detectó una expresión de dolor en su rostro, cierta incomodidad. Recordando su propósito de hablarle acerca de Ian y Anne y que tal vez estos o cualquiera de sus vecinos los vieran y se acercaran para interrumpirlos, consideró pedirle que hablaran en un lugar más discreto

—Es de Ian de quien me gustaría hablarle. ¿Podríamos hacerlo dando un paseo?

—No tengo inconveniente —le dijo en un tono reservado, que escondía una sensación de derrota. Malcolm pensó que, al fin, Marion se decidía a contarle lo que él ya sabía, que sus destinos se habían rozado por un instante para después separarse definitivamente y que el lugar que él soñó con ocupar en su vida iba a ser usurpado por su hermano pequeño—. Sigamos el camino del lago, estará menos concurrido que esta explanada.

Echaron a andar siguiendo el sendero de pequeñas llamas que asomaban tras los ojos de las calabazas, que señalaban el camino entre los árboles del bosque. Caminaron un rato en silencio, interrumpido únicamente por risas y susurros lejanos. Aquella festividad propiciaba los encuentros furtivos entre enamorados y daba pie a bodas precipitadas cuyos resultados se constataban

nueve meses después. Las señoras con las que se reunía en la taberna lo habían comentado entre risas en más de una ocasión y habían añadido que si alguna quería atrapar a un hombre o dejarse apresar por él, ese era el día indicado. El baile, la bebida, el calor de la lumbre y la oscuridad del bosque propiciaban una inestimable oportunidad.

Marion sonrió ante sus pensamientos, sintiendo la poderosa presencia de Malcolm a su lado, pero se dijo que debía centrarse en la explicación que le debía sobre los malos modos con los que lo trató durante la mayor parte del tiempo. Aunque no podría dársela hasta que le hubiera contado, previamente, lo que Ian sentía por Anne y su deseo de contraer matrimonio con ella.

Malcolm, a su vez, la vio sonreír, y aquello le hizo ahondar aún más en su propia miseria. Marion era feliz pensando en Ian, aunque él aún no sabía dónde se encontraba y le sorprendía que fuera tan cobarde como para no haberse atrevido a contárselo él mismo. ¿Tan evidentes eran sus sentimientos por ella que su propio hermano temía decirle la verdad?

—Creo saber qué me va a contar. Se trata de un compromiso... —Malcolm inició la conversación que iba a romper definitivamente sus ilusiones y deseos, pero no quiso prolongarlo más. Estar junto a ella, caminar a su lado bajo la luz de la luna, aspirar su aroma era más de lo que podía soportar. Cuanto antes se hubiera establecido el compromiso, antes podría alejarse de ella y reclamarle a aquel descerebrado su ausencia.

—¿Ya lo sabe?

—Los vi en una ocasión... y fue evidente.

—Oh, entonces... ¿no le molesta? ¿No está enfadado?

Malcolm aguardó un momento en silencio.

—Se trata de mi hermano, de su felicidad y de su elección,

señorita Trevelyan. Si ustedes son felices, yo debo serlo.

—¿Nosotros? —Marion se inquietó ante aquel pensamiento—. Se trata de Ian y de Anne Wright. ¿Estamos hablando de lo mismo?

El rostro sorprendido de Malcolm le demostró que no era así. ¿Malcolm había creído que existía alguna relación entre Ian y ella? ¿Cuándo pudo haber sospechado eso?

—Ian está enamorado de Anne y desea casarse con ella. Los descubrí y me pidió que lo ayudara, pues está dispuesto a todo, incluso renunciar a sus derechos y a su título, por permanecer juntos.

—Anne Wright, la sobrina de la tabernera...

—Así es... Trabaja en su casa, además.

—Lo sé.

Marion observó su ceño fruncido, su rostro caviloso, por si podía detectar qué estaba pensando sobre el asunto. Sin embargo, cuando se dirigió a ella, no le preguntó por ellos precisamente.

—La vi frente a la ventana del jardín, abrazada a Ian, yo creí...

—¿Que existía algo entre él y yo? No, en absoluto, solo lo consolé y le prometí que lo ayudaría. Él ama a Anne. Debe permitir que se casen, lord Stewart.

Mientras hablaban llegaron hasta la orilla del lago, que se abría en un valle entre montañas. Las llamitas que lo rodeaban casi por completo le recordaron a Marion lo mucho que trabajó los días anteriores vaciando calabazas y utilizando la pulpa para postres y guisos que se repartían o conservaban para la fiesta.

Levantó el rostro al cielo para recibir el resplandor plateado de la inmensa luna llena que brillaba sobre ellos. Percibió la mirada de Malcolm posada en ella y enfrentó sus ojos y su voz.

—Parece que su presencia en Rothes ha contribuido a encontrarles pareja a los Stewart, aunque no era ese su propósito,

precisamente. Veo su intervención detrás de la relación entre Andrew y la señorita Macintosh y, de alguna manera, está implicada en la de Ian y la señorita Wright. ¿Ha pensado ya en alguna candidata para mí? —Quiso saber con una mirada entre expectante y burlona en sus ojos.

Marion suspiró.

—Tengo a la candidata perfecta —murmuró—, pero antes debería confesarle algo, lord Stewart.

Malcolm se acercó a ella, interesado, recorriendo su rostro con sus llameantes ojos verdes. En ellos Marion captó un deseo poderoso, una pasión que la pondría en peligro si se lo permitía. Bajó la cabeza para evitar dejarse atrapar y sucumbir a ella.

Retomó su confesión:

—No me he comportado correctamente con usted, no como merecía. Al principio quería resultarle insoportable, ya lo sabe. No estaba dispuesta a comprometerme en una relación sin amor decidida por mi padre y el suyo. Usted tampoco quería.

—Eso fue al principio... —concedió Malcolm—. Después le confesé mis sentimientos, le hablé de mi equivocación al negarme a conocerla, le confesé lo que sentía en realidad.

—Y yo lo aparté de mi lado de forma despectiva, intransigente...

—Como si me odiara...

—Pero no se trataba de eso. Estaba dolida porque pensaba que lo que quería era una esposa que ocultara sus faltas, alguien que cumpliera con el papel de darle hijos y resguardara su imagen.

—¿Qué quiere decir?

—Creí que usted era quien seducía y cortejaba a Anne. Sabía que era uno de los Stewart y pensé inmediatamente en usted. Cuando fue a buscarme al pueblo y se acercó a mí en el camino de vuelta, yo...

—Si tenía ese concepto de mí tuvo que haberme rechazado de inmediato... ¿por qué no lo hizo entonces?

—Porque... lo deseaba, lord Stewart, tanto como lo odiaba...

—Creyó que sería capaz de entretenerme con una muchacha a mi servicio y hacerle el amor, a la vez, a usted.

—Sí.

—¿Cómo pudo creer que la besaría y buscaría su cuerpo si en mi mente pensaba en otra mujer? ¿Le di la impresión de ser un hombre sin ninguna catadura moral?

—Me avergüenza haber pensado de esa forma. Estaba equivocada. Perdí el tiempo en una terrible confusión...

—Pudo haberme preguntado.

—Me dio vergüenza... y miedo.

—¿De qué tenía miedo?

—De que confesara que solo me quería como una esposa de conveniencia, que su entrega y sus besos no fueran de verdad... o que me mintiera. Temí que se descubriera como un hombre ruin. —Marion contempló su rostro apesadumbrado y el brillo de ira en sus ojos—. Lo siento mucho.

—¿Y ahora? ¿Qué piensa sobre mí?

La joven fue a contestarle que lo amaba, pero que no le impondría su presencia si su actitud lo había decepcionado. Sin embargo, unas voces alegres llamaron su atención a lo lejos. Al reconocerlas, se separaron dejando una mayor distancia entre ellos.

—¡Malcolm! ¡Señorita Trevelyan!

—¡Andrew! ¿Qué haces aquí? ¿Lady Arabella?

—Nos hemos escapado de la fiesta —explicó Arabella con una sonrisa resplandeciente.

—¡Andrew, no puedo creerlo! ¿Habéis venido solos hasta aquí? —Volvió a insistir el mayor de los hermanos.

—Será solo un rato. Nadie nos echará de menos...

—Mi hermana ha mandado tantas invitaciones que apenas se puede respirar en el salón, y la gente se ha desperdigado por los salones anexos y el jardín. Andrew me habló tanto de esta fiesta que en cuanto me lo propuso no pude negarme.

—¿Por qué todo el mundo está perdiendo el sentido común esta noche? —preguntó el conde, incrédulo.

—Hablaré con el padre de Arabella mañana mismo y le pediré su mano, Malcolm.

—No eres tú precisamente el que más me preocupa, pero si os descubren te vas a convertir en el hermano desalmado de los Stewart.

Arabella soltó una risita nerviosa y miró de soslayo a Andrew.

—Vamos, Arabella, tenemos que purificarnos con el agua para alejar a los malos espíritus y garantizarnos que el próximo año volvamos de nuevo —le contó Andrew sin prestar demasiado atención a las palabras de Malcolm. Tomó la mano de la muchacha para acercarla al agua y la salpicó con ella. Inmediatamente iniciaron una lucha para ver quien conseguía mojar más al otro.

Marion y Malcolm se miraron divertidos, aunque una trascendental conversación había quedado a medias, en opinión de la muchacha, quien no sabía si tendría alguna oportunidad con el caballero después de su confesión. Reconocía que le había molestado mucho que lo considerara tan vil y desalmado, y no sabía si él podría perdonarla y, si lo hacía, conservaría aún algún interés por ella. Ella no quería que la tuviera en cuenta solo como una esposa aceptable, que el ardor que sintió bajo su piel cuando la besó se hubiera apagado. Ella lo quería todo: ser amada, deseada, idolatrada... Si sus sentimientos eran esos, entonces ella se abriría y mostraría los suyos desbordantes, contenidos a duras penas después

de mucho tiempo negándose a reconocerlos.

Ya no tenía dudas de lo que sentía por Malcolm, solo le quedaba ver si aún tendría una oportunidad por su parte.

Capítulo 17

Estaba amaneciendo cuando Ian y Marion regresaban a casa con la capota del faetón echada para evitar que la húmeda bruma los envolviera con sus dedos helados.

Arrebujada en la capa, contemplaba la niebla que se deslizaba en jirones entre los árboles del camino y que convertía la suave claridad del sol, que recién se desperezaba, en una macilenta y amarillenta luz tristona. El rítmico golpeteo de los cascos del caballo de Malcolm, que los seguía detrás manifestando su cercana presencia, la tranquilizaba y le infundía una leve sensación de esperanza. Aún no habían concluido la conversación pendiente. Ella había confesado la razón de su desprecio, él se había sentido sorprendido y dolido, pero tal vez aún la quisiera... O tal vez la aborreciera a causa de su insultante e injusta forma de verlo.

Llegaron a casa, Malcolm le pidió a Ian que se reuniera con él en el salón, y Marion se despidió de ellos para subir a su alcoba. Deseaba meterse entre las sábanas y entrar en calor. Se encontraba exhausta. Ahora le tocaba a Ian dar las explicaciones que Malcolm le pidiera.

Al llegar a la estancia, los hermanos se encontraron con Andrew, quien los esperaba tomando un burdeos.

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! Tenemos al desvergonzado y atrevido vizconde de Fenton de regreso en el redil —se mofó Ian.

—Tú precisamente no eres quién para burlarte de él —le soltó Malcolm y, dirigiéndose a Andrew, le preguntó—: ¿Se dio cuenta alguien de vuestra ausencia?

—No me dio la impresión. Dejé a Arabella en su casa y regresé con la tía abuela. Ya se encuentra descansando cómodamente en su alcoba desde hace mucho.

—¿Y tú no te has ido a dormir porque...?

—Quería contaros algo. Bueno, tú ya lo sabes, Malcolm. Voy a pedir la mano de Arabella a lord Macintosh. Me declaré esta noche y ella me dijo que sí. ¿Cómo iba a acostarme? ¡No podría dormir! —aseguró emocionado.

—¡Vaya! Te envidio, hermanito —confesó Ian—. Estoy seguro de que lord Macintosh se sentirá halagado y no pondrá ningún inconveniente, todo lo contrario. El camino hacia tu matrimonio transcurrirá de manera dulce y sin sobresaltos.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Andrew, inquieto.

—Sí, cuéntale tus motivos, Ian —le pidió Malcolm, serio.

—Me parece que tú ya los sabes...

—Sí, y no ha sido gracias a ti. No te has atrevido a decirme nada y has recurrido a una dama como intermediaria... Eso no habla muy bien de ti, Ian.

—Si en vez de Marion Trevelyan hubiera sido yo el que te lo hubiera dicho en primer lugar, me habrías dado un puñetazo.

—Todavía está por ver que no lo haga...

—Eh, dejad la discusión y contadme qué demonios está pasando —pidió Andrew.

Malcolm le hizo un gesto a Ian para que hablara y se sirvió un whisky mientras tanto.

—Yo también voy a casarme, Andrew. Está decidido. Puede que no os parezca bien, que no creáis que es la candidata apropiada, pero sé que es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida y lo haré os guste o no.

—¡Qué defensa tan encendida! ¿Lo habías escuchado alguna vez tomarse algo tan en serio? —le preguntó Malcolm a Andrew con cierto deje burlón.

—Nunca. Casi me he emocionado... —le contestó este, ante la expresión molesta de Ian—. ¿Y quién es ella? ¿La encantadora dama de la corona de brezos con la que te vi esta noche?

—Así es —contestó orgulloso, dispuesto a saltar ante la más mínima crítica.

—Ya la conocemos, Andrew..., ha servido la mesa en más de una ocasión —apuntó Malcolm tomando un sorbo de su vaso.

—Eso no la desmerece... —la defendió con ira apenas contenida Ian, quien se encontraba dispuesto a enfrentarse a Malcolm a pesar de que sabía que era mucho más fuerte y que llevaría las de perder.

—Por supuesto que no, pedazo de tonto —añadió Malcolm—. Solo te lo preguntaré una vez. ¿Tú estás seguro de que a tus veintitrés años sabes ya lo que quieres?

—Estoy completamente seguro.

—¡Vaya! No hace más que algunas semanas decías que no se te pasaba por la cabeza casarte tan joven... ¿qué sucedió de repente?

—Me he enamorado, Malcolm. ¿No puedes entenderlo?

El conde de Rothes suspiró y se dirigió al hermano mediano.

—¿Qué te parece, Andrew?

—Bueno..., siempre ha habido un Stewart en cada generación que se ha salido de lo marcado... Teníamos claro que le tocaría a él, ¿no?

—Yo lo intuí desde siempre... —aseguró Malcolm.

—¿De qué demonios habláis? —preguntó Ian, molesto.

—La tía abuela Matilda lo ha contado en varias ocasiones, si le prestaras alguna atención lo habrías oído. Los Stewart no se casan por conveniencia, lo hacen por amor. Y ocurre que, a veces, los elegidos no pertenecen al círculo social más conveniente, pero...

—Mary Stewart, la abuela de Marion, se casó con un caballero sin título, ni fortuna... —apuntó Andrew.

—Ese es un buen ejemplo —aprobó el conde, quien terminó su whisky y se dirigió a la puerta.

—Pero, entonces..., ¿os da igual? ¿No os importa que...? —Quiso saber el menor de los Stewart, cariacontecido.

Malcolm se volvió antes de salir.

—Mientras ambos os comportéis con la formalidad y la honradez que se les presuponen a los miembros de la familia Stewart, tendrás mi visto bueno. Te recuerdo que podrás elegir una de las mansiones que prefieras, pero en ningún caso os quedaréis a vivir en esta. Decídete por una, arréglala a tu gusto y casaos entonces.

—Me temo que eso nos llevaría un tiempo que no tenemos —confesó contrito.

Andrew abrió los ojos por la sorpresa, y Malcolm resopló mirando al cielo.

—¿La has dejado embarazada? ¿Es por eso que te casas con ella?

—Es por eso que me urge, pero de cualquier forma, con tu beneplácito o sin él, pensaba casarme con ella. Ahora que voy a ser padre, no consentiré que mi hijo nazca sin un apellido o que se murmure de Anne.

—Es una decisión que te honra, Ian —opinó el conde—. Cuando la tía abuela se levante le contaremos las nuevas, no todas, no creo que informarla de esta... urgencia sea necesario, al menos de

momento.

— ¡Quién hubiera dicho que sería Ian el primero en echarse la soga al cuello, después de todo! —Rio Andrew.

—No sé de qué te ríes, tú lo harás muy pronto, también... —le contestó este—. Por cierto, ¿a qué estás esperando tú? ¿Aún sigues sin darte cuenta de nada? —le preguntó con descaro a Malcolm.

Andrew también lo miró con desfachatez, ambos hermanos esperando una respuesta.

—¿De qué debería darme cuenta?

—Hay una dama suspirando por un caballero que a la vez suspira por la susodicha dama y ninguno se atreve a dar el primer paso —bromeó Ian.

—¿Además de involucrarte más de lo debido en una relación, aún te ha sobrado tiempo para estar pendiente de mis asuntos?

—Es que es demasiado evidente, Malcolm, aunque ninguno de los dos lo queráis ver —le contestó Andrew.

—Tanto malhumor, tantas indirectas, quejas y pullas entre vosotros solo se pueden resolver de una forma... —sentenció riendo Ian.

Andrew también rio a carcajadas cuando Ian salió huyendo en dirección a su dormitorio en cuanto le vio el rostro a Malcolm y notó que se dirigía hacia él con no muy buenas intenciones.

El menor había estirado tanto su suerte durante la larga conversación, que decidió que sería prudente retirarse ya y descansar un rato antes de que le cambiara el humor a Malcolm de forma definitiva.

No tenía queja de su respuesta y pensaba agradecerle a Marion su inestimable ayuda, pero lamentaba que aquellos dos seres a los que tanto quería y que, a su modo de ver, estaban hechos el uno para el otro no acabaran coincidiendo.

Sin embargo, aquella cuestión debía ser el propio Malcolm quien la resolviera si era lo que verdaderamente deseaba.

Capítulo 18

La primera en estar presente en el salón antes del almuerzo fue lady Matilda. Poco después fueron apareciendo los restantes miembros de la familia. Todos habían dormido más o menos según sus preocupaciones respectivas. Malcolm contó que había estado dando un paseo, pues era incapaz de dormir una vez que amanecía.

Matilda notó a Andrew y a Ian más alegres y risueños, y a Malcolm y Marion cruzando miradas más amables de lo que solían.

Sentados frente a la mesa del almuerzo, Ian no pudo aguantar por más tiempo las nuevas y quiso saber la opinión de lady Matilda. Le espetó sin miramientos que pensaba casarse con Anne Wright y que no le importaba su origen humilde, que fuera la sobrina de la mujer que regentaba la taberna del pueblo o que trabajara de criada para ellos, cosa que ya le había pedido que no hiciera. En el último minuto calló lo de su estado de buena esperanza. Aunque había aguardado a que la sirvienta que les sirvió el postre se marchara para exponer sus propósitos, se oyó el ruido de una bandeja caer al suelo en el pasillo contiguo. A la mayoría no se le pasó por alto en que en pocos minutos la noticia llegaría a las cocinas y de ahí se extendería por el pueblo y localidades vecinas.

—¡Vaya! Van a pensar que se trata del resultado de la noche de

Samhuinn —observó la anciana cuando Ian terminó de contar sus nuevas. Todos lucieron una discreta sonrisa en su rostro ante el comentario de la anciana—. ¿Esperas que te dé mi opinión?

—Me gustaría, lady Matilda —asintió Ian.

—No conozco a la muchacha más lo que he visto de ella en algunas ocasiones, aunque supongo que si la has elegido entre muchas disponibles debe ser en verdad valiosa en muchos aspectos. Quiero pensar que has meditado seriamente sobre una decisión que no tiene marcha atrás.

—Lo he hecho...

—En profundidad, sin duda... —susurró Malcolm, burlón.

Marion carraspeó para evitar que las palabras del conde llegaran a oídos de Ian y la anciana.

—Lady Matilda, usted sabe que he paseado con Anne muy a menudo estos últimos días. Ya le hablé de mi implicación en la preparación del Samhuinn. Puedo decirle que, a raíz de ello, conozco a su respetable familia y a ella, y le aseguro que es una muchacha sensata, despierta y bondadosa que quiere a Ian con locura.

Aquel alegato apasionado conmovió a los tres hermanos, especialmente a Malcolm, quien permaneció embobado mirándola. Matilda reconoció la expresión del lord y sonrió para sus adentros.

—Gracias, prima Marion. Tus palabras serán tenidas en cuenta por esta familia mucho más que las mías. Al parecer nadie me toma en serio.

—Claro que sí, Ian —le aseguró Matilda—, aunque a veces el amor es ciego y es necesaria una cabeza fría que opine de manera independiente. Vamos a necesitar de tu ayuda, Marion, para enseñarle a la muchacha algunas cosas que debe saber como futura esposa de un barón. ¿Estás de acuerdo, Ian?

El joven asintió.

—Y estoy segura de que lady Arabella Macintosh será de gran ayuda, también. ¿Verdad, Andrew?

—Estará encantada.

—¿Aún no has ido a pedirle la mano a su padre como me contaste anoche? —Quiso saber lady Matilda.

—Pensaba ir después de la comida.

—Bueno, contaba con la próxima boda de Andrew, pero la tuya ha sido toda una sorpresa, Ian. En cuanto a ti, Malcolm... —el conde se envaró ante su mención y dirigió una rápida mirada a Marion—, tal vez deberías ir planteándote tu soltería.

Marion soltó un suspiro disimulado y bajó la cabeza. Interiormente le agradeció a la anciana su discreción. Por nada del mundo hubiera querido que forzara de ninguna manera al conde.

Andrew ya se levantaba, excusándose en la importante visita que tendría que hacer a continuación para no acompañarlos a la sobremesa, cuando entró el mayordomo con una sorprendente noticia.

—Lord Stewart, el señor y la señora Trevelyan acaban de llegar. Están bajando del carruaje ahora mismo.

Marion se hundió en el asiento y reparó en el rostro preocupado de Malcolm. Apretaba la mandíbula y sus labios se convertían en una fina línea cuando algo lo molestaba, y esa era justo la expresión que mostraba en ese momento. Aquello la descorazonó.

Acudieron a darles la bienvenida a la entrada. Marion recibió un discreto beso de su padre en la frente y un abrazo de su madre. Notó que ambos la miraban expectantes, aunque estaba segura de que la expresión de su rostro la delataría. De todas formas, sus padres pronto se enterarían de que sus deseos no habían llegado a cumplirse y que la anhelada unión entre los Stewart y los Trevelyan no tendría lugar.

Todos pasaron a la salita para tomar el té, café o algún licor. Catherine alabó las bondades de la carretera correcta que les había permitido llegar desde Keith en algo más de una hora y tras un placentero viaje.

—¿Y qué tal se encuentra tu padrino, querido Leopold?

—Lord Spencer se repone a buen ritmo, lady Matilda. El médico que lo atiende está admirado por su evolución tras probar un nuevo fármaco.

—Oh, ¡qué maravilla! ¿Hemos dado con el secreto de la eterna juventud, entonces? Tienes que decirme cómo se llama. A mi edad me he vuelto tan egoísta que aún aspiro a conocer a mis bisnietos.

Los Stewart rieron un tanto inquietos, disimulando miradas que confluían en Ian. Andrew aprovechó para excusarse; le inquietaba la tardanza en llegar a la hacienda Macintosh, donde sabía que Arabella le estaría esperando.

—Me van a perdonar, señor y señora Trevelyan, pero tengo que atender un asunto muy importante a unas millas.

—Cuéntales, Andrew... —pidió Matilda.

—Voy a pedir la mano de lady Arabella Macintosh.

—Oh, qué gran noticia... —se congratuló Catherine.

Leopold le expresó también sus parabienes y Andrew pudo al fin partir sin más demora al encuentro de su enamorada.

—Tengo que decir que el compromiso de Andrew era algo que nos esperábamos. ¿Verdad, Marion? Sin embargo, ha sido toda una sorpresa para mí la noticia del de Ian, del que me he enterado poco antes de que llegarais.

Marion notó los ojos de sus padres posados sobre ella y simuló colocarse correctamente un mechón del cabello tras su oreja para volver el rostro hacia la ventana y evitarlos.

Aquellos compromisos deberían ser conocidos por los Trevelyan,

y era lógico que los expusiera el familiar de mayor edad, pero la llegada por sorpresa de sus padres la había cogido por completo desprevenida, y aunque sabía que debía aparentar naturalidad, alegría y una pizca de indiferencia, sus miradas poco disimuladas sobre su persona la inquietaban.

—La madre de mi prometida ya sabe de mis intenciones y nos ha dado su beneplácito —contó Ian, alegre.

—Oh... Felicidades. —Volvió a celebrar Catherine con un hilo de voz.

Esta vez Marion no se molestó en levantar la cabeza. Podía sentir sus miradas clavadas en ella, preguntándose qué había hecho durante el tiempo que pasó allí. Inspiró hondo para infundirse valor y se recordó con melancolía que, después de todo, era lo que ella siempre quiso, ningún compromiso que la atara a los Stewart.

—No la conocéis, es la tabernera del pueblo.

—¿Quién...? —preguntó la señora Trevelyan algo aturdida—. ¿La futura esposa del barón?

—No, su madre —contestó Ian muy ufano—, mi futura suegra.

—Ah... —exclamó Catherine sin saber qué decir.

—Vino gratis durante toda tu vida, muchacho —celebró jocoso el señor Trevelyan—. Bueno, estas son unas noticias... cuando menos sorprendentes. Se diría que el tiempo ha sido bien aprovechado, al menos por algunos de la familia. En cuanto a ti, Marion... ¿supongo que, al menos, habrás hecho compañía a lady Matilda?

—Sí, padre —repuso alzando la barbilla.

—Marion ha sido la mejor de las compañías y está verdaderamente contenta con las futuras esposas de sus primos. Habla maravilla de ellas.

—No lo dudo. Es más... no me extraña, en absoluto —concedió Catherine.

Marion vislumbró una sonrisa contenida en el rostro de Malcolm, que estaba situado frente a ella, apoyado en el dintel de la chimenea, mientras observaba a uno y otros y bebía una copa de licor. Aquello la indignó. Ella lo estaba pasando realmente mal, se preparaba para una reprimenda monumental por parte de sus padres y a él esa situación le provocaba... ¿risa? Cuando sus ojos se encontraron, ella los entrecerró y le dedicó una mirada que hubiera helado el infierno.

—Entonces, Marion —Leopold se dirigió a su hija—, si no hay nada pendiente, creo que nos podremos marchar tan pronto como dispongas de tu equipaje. He abandonado por mucho tiempo mis asuntos en Londres y tú has abusado demasiado de la hospitalidad de lord Stewart.

—Así es, padre. —Marion se levantó de un salto, agradecida por tener una excusa para marcharse de allí—. Me pondré a ello de inmediato.

Capítulo 19

Un silencio sepulcral se adueñó del salón los momentos posteriores a la marcha de Marion. La señora Trevelyan lo rompió anunciando que subiría para ayudar a su hija con los baúles.

En cuanto Catherine se hubo marchado, Malcolm se dirigió a Leopold:

—Señor Trevelyan, me gustaría hablar con usted, en privado.

—Sí, claro —convino el caballero dejando su taza de té en la mesita que se encontraba a su lado y levantándose—. Si nos disculpan...

Ian exhaló un hondo suspiro cuando salieron, a la vez que exclamaba:

—¡Por Dios! Espero que tenga la intención que imagino... ¡Creí que no se iba a decidir nunca!

—No podemos negar que se ha tomado su tiempo, Ian —opinó lady Matilda—, aunque Marion no se lo ha puesto fácil tampoco.

—Es un terco, un cabezota. Desde el primer momento se negó a conceder a la muchacha la más mínima oportunidad.

—A ella tampoco se la veía predispuesta.

—Cierto. Esperemos que todo se resuelva bien.

—¿Tienes dudas?

—Serían unos idiotas si dejaran pasar su oportunidad... El amor no se busca. Él te encuentra. Aunque no quieras.

Matilda contempló con admiración a su sobrino nieto de menor edad. No estaba segura de si lo habría oído correctamente, pero si había sido así, eran los pensamientos más profundos que había pronunciado jamás.

En su alcoba, Marion sacaba del armario los vestidos pulcramente planchados y los amontonaba encima de la cama, sin pensar en lo que se traía entre manos. La cabeza le daba vueltas en torno a la idea de que se marcharía de Rothes sin haber tenido la oportunidad de conversar a fondo con Malcolm.

Ella le había pedido perdón por sus desplantes y le había explicado el motivo. Y él se había enfadado. Ya no le quedaba nada más por hacer, en realidad. Si él hubiera querido continuar con la conversación, si hubiera deseado añadir algo más, si la hubiera querido perdonar, si aún la amara... se lo habría dicho. Hubiera buscado el momento y el lugar. Ayer, o esa mañana o en esos precisos instantes. Pero no lo había hecho. Así que eso significaba que la dejaría marchar sin más porque no le era preciada en su vida.

Se sentó sobre la cama a punto de echarse a llorar. En ese momento llamaron a la puerta y su madre asomó.

—Marion, he venido a ayudarte.

La muchacha asintió incapaz de hablar a causa del nudo que sentía en la garganta.

—Debería pedirte explicaciones sobre todos esos compromisos en los que no estás involucrada, al menos no de una manera, digamos, productiva, pero... recuerdo que antes de marcharme me dijiste que ellos tenían sus propios intereses femeninos. Supongo que querías decir que ya existían candidatas que ocupaban sus

pensamientos.

—Algo así... —En realidad, en aquellos momentos solo creía que Malcolm andaba en líos con la sirvienta, pero no se sentía con ánimos de explicarle nada a su madre.

Catherine se sentó junto a su hija en la cama.

—Bueno... —suspiró—, tengo que reconocer que tu padre no las tenía todas consigo cuando te trajo. Él habló con el conde para recordarle la conversación que tuvo con su padre, algo que ocurrió cuando erais pequeños y que nos hubiera llenado de alegría de haber tenido un buen fin, pero... los años pasaron, no hicimos nada para que siguierais en contacto, y lord Stewart no se mostró muy receptivo en el encuentro con tu padre. No manifestó gran interés por conocerte. Es por ello que Leopold le propuso ampliar las opciones incluyendo a sus hermanos. Malcolm Stewart aceptó alojarnos el tiempo que quisiéramos, pero puso como condición que no se forzaría la relación entre ninguno de sus hermanos y... una desconocida.

—Lo sé. Y también sé que él estaba tan poco interesado como yo.

—Con esto quiero decirte que no te sientas triste. Tu padre y yo comprendemos la situación y no vamos a forzarte a nada, Marion. Nos marcharemos cuando tú quieras y olvidarás todo esto.

—¿Olvidarlo?

—Bueno, ¿no te ha parecido humillante que se hayan comprometido dos de los tres Stewart estando tú aquí con esa intención?

—Oh, madre... —Marion se levantó y se acercó a la ventana—. Ya no quiero olvidarme de Escocia —murmuró reprimiendo un sollozo.

—Tu padre no te reprochará nada. No es necesario que

hablemos más de este asunto, aunque por mi parte los Stewart son, tal y como decías, unos brutos y unos zafios. Tú mereces mucho más.

La muchacha sonrió triste mientras contemplaba el paisaje que se abría tras la ventana. Valles plenos de vegetación en estallantes tonos de verde, montañas lejanas semiocultas por la niebla y un lago cristalino que prometía el regreso a quien se bañara en sus aguas.

Marion contuvo la respiración. Tenía que verlo una vez más. No podía marcharse sin visitar Rothes, sin despedirse de Anne, de las mujeres del pueblo, del claro del bosque y del lago.

Le dio la espalda a la ventana y le dijo a su madre:

—Voy a pedirle a la doncella que me ayude con esto, yo... tengo que hacer algo antes de marcharme.

En el despacho de los Stewart, Malcolm entregaba un vaso de whisky a Leopold, a la vez que daba un sorbo al suyo. Los caballeros se encontraban de pie frente a la ventana, visiblemente incómodos.

Malcolm inició la conversación.

—Supongo que debo aclarar lo que ha sucedido durante todo este tiempo.

—No son de mi incumbencia los compromisos de sus hermanos, pero si le soy sincero, siento una gran curiosidad.

—Reconozco que, al principio, pensé que la señorita Trevelyan y Andrew podrían encajar si se molestaban por conocerse, y les di su tiempo. Sin embargo, ella hizo amistad con lady Arabella Macintosh y la invitó repetidas veces después de comprobar que Andrew y la joven se atraían mutuamente.

—Hizo de casamentera, entonces... Una dama soltera que busca parejas a otras damas... No parece muy inteligente, salvo que ese

sea el método para huir de los compromisos.

—Eso parece... Sobre Ian y Anne Wright...

—La sobrina de la tabernera.

—No puedo encontrar su implicación en ese asunto, pero sí que defendió su compromiso con vehemencia.

—Claro...

—En cuanto a mí...

—No tiene que decirme nada más, lord Stewart. Fue muy claro en nuestra conversación de hace unos meses y lo entiendo. Aquello que ideamos su difunto padre, que en paz descanse, y yo cuando eran unos niños no tiene sentido años después. ¿Qué podría reclamarle? Usted y sus hermanos poseen títulos, tierras, una cuantiosa fortuna... Marion recibirá una excelente dote por mi parte, pero nada más... Es comprensible que usted quiera matrimoniar con quien esté a su altura, como el vizconde de Fenton va a hacer, o a quien ame, como va a hacer el barón de Fordell, no con una dama que le sea impuesta.

—Celebro que piense de esa forma, señor Trevelyan, lo percibo más comprensivo que en nuestro primer encuentro.

—No estoy dispuesto a obligar a mi hija a un matrimonio sin amor ni a causarle más humillaciones. Usted me dijo que no sentía el más mínimo interés por comprometerse y ahora veo que es un hombre de palabra.

—Y, sin embargo, señor Trevelyan, he sido derrotado.

Leopold lo observó con inusitado interés.

—¿A qué se refiere?

—Luché por mantenerme a salvo de los vaivenes del amor. Su hija y yo nos odiábamos cordialmente, ambos conocíamos el desinterés del otro, pero... no sé cuándo se torcieron los propósitos... —sonrió—, en qué preciso instante comencé a amarla.

Me pregunto si ella lo hace con la misma intensidad que yo... Señor Trevelyan, permita que le pida la mano de su hija.

Leopold dejó caer la mandíbula a la vez que abría la boca y los ojos se le agrandaban por la sorpresa. Le pareció que Stewart farfullaba, aludía no sé qué insensateces sobre un odio cordial y un amor repentino, y, de pronto, se descubría enamorado de Marion.

—Mi hija... ¿es consciente de sus sentimientos?

—No estoy seguro...

—Entonces, hable con ella. Y si Marion lo desea, le otorgaré su mano.

Malcolm asintió y salió del despacho en su busca como perseguido por los demonios.

Capítulo 20

El conde había salido a buscarla, pero Marion se encontraba desaparecida. Acudió a los establos y allí le informaron que había tomado un faetón ligero y se había marchado conduciéndolo. Malcolm imaginó que habría ido al pueblo a despedirse de Anne Wright, y montando a caballo, lo fustigó para ir tras ella, incapaz de esperar su regreso.

Una vez que llegó a Rothes, se dirigió a la taberna, pero la muchacha no había pasado por allí. Se marchaba con semblante visiblemente preocupado cuando un parroquiano que entraba le comentó que había visto a la señorita Trevelyan dirigirse al lago. Cabalgó veloz en su dirección.

Conforme se aproximaba, reconoció al faetón con el sello del condado y el caballo a un lado del camino. Marion habría recorrido las últimas yardas del pedregoso camino a pie. Dejó su caballo junto al coche y caminó hasta la orilla. La encontró desembarazándose de las medias, los zapatos a un lado, y, antes de que pudiera notar su presencia, la joven sumergió la punta de un pie en el agua, dio un ligero respingo a causa de su frialdad y continuó hasta meter un pie al completo, primero, después el otro. Y caminó unos pasos sujetándose el vuelo de la falda, mascullando alguna maldición, a

juzgar por su expresión, y permitiendo que Malcolm apreciara sus preciosas y bien torneadas piernas hasta algo más arriba de la rodilla. Este suspiró y se dispuso a acudir a su encuentro.

—Señorita Trevelyan... —la llamó al llegar junto a ella. La muchacha se dio la vuelta al oír su voz y soltó la falda de la impresión. Esta acabó mojándose por completo sin que se hubiera repuesto de la sorpresa de encontrarse con Malcolm.

—Usted... ¿Qué hace aquí?

—Contemplando cómo se baña vestida.

—¡Oh! —En ese momento fue consciente que la falda se había mojado y la humedad subía por la tela.

—No se mueva... —le pidió Malcolm, quien, tras quitarse los zapatos, se apresuró a entrar en el agua.

—Pero... —protestó una sonriente Marion cuando Malcolm la atrapó entre sus brazos, la levantó en volandas, como si fuera una criatura, y la llevó hasta la orilla.

—No quisiera que se enfriara —argumentó cuando la depositó sobre sus propios pies en el suelo—. ¿Qué pretendía?

—Cumplir con el ritual, aunque no sé si aún tiene validez. Bañarme en las aguas...

—... para poder regresar. Me temo que la leyenda dice que solo sirve durante la noche del Samhuinn —la muchacha mostró una expresión apenada—, pero tú ya no lo necesitas, Marion —le aseguró, tuteándola por primera vez.

—¿No quiere que regrese?

—No quiero que te vayas, nunca jamás, de Escocia ni de mi lado.

Marion parpadeó intentando asimilar lo que Malcolm le proponía, a punto de deshacerse en llanto o en risa, una que iba subiéndole desde el estómago hasta la garganta, pero que no dejaría que le impidiera preguntarle todo lo que necesitaba saber para estar

segura.

—¿Se ha visto obligado por mi padre, lord Stewart?

Malcolm frunció el ceño.

—No, claro que no, Marion. Le he confesado mis sentimientos a tu padre y le he pedido tu mano, pero me ha advertido que solo consentirá si tú me aceptas.

—¿Leopold Trevelyan le ha dicho eso? —preguntó sorprendida.

—Así es.

—Entonces, no tiene ninguna obligación de desposarme, lord Stewart. Puede seguir conservando su soltería si lo desea.

—No es eso lo que quiero ya, Marion. Solo te deseo a ti y no puedo imaginarme un futuro en el que no estés a mi lado.

—¿A pesar de lo que llegué a pensar de usted?

—Ayer aclaramos ese asunto. No quiero que le demos más vueltas... —le dijo con una sonrisa—. Solo deseo saber... si soy correspondido, si me amas al menos una pequeña parte de lo mucho que yo te amo, lo suficiente para pasar el resto de nuestra vida juntos.

Marion le acarició una mejilla y acabó posando sus dedos sobre sus labios.

—Yo también lo amo, y no es algo pequeño, es como un vendaval que me ahoga, aprisionado en el pecho porque no puede salir.

—Déjalo salir ahora, Marion.

Unieron sus labios a la vez, impulsados por un deseo y una necesidad largamente reprimida. Malcolm la atrapó de la cintura y ella se adhirió a su contorno masculino, duro y firme, se estremeció con sus caricias, con sus dedos que bajaban por la espalda y la apretaban contra su cuerpo.

Ella lo rodeó con sus brazos mientras que él, inmisericorde,

buscaba su cuello, la fina piel del escote, sus pechos, y los besaba y mordía con suavidad con su boca hambrienta. Con una de sus manos trazaba surcos de placer en su vientre, entre sus piernas, por encima del vestido húmedo, y ella sentía que la piel de abajo se convertía en una llama viva, que saltarían chispas que acabarían abrasando la ropa y a ella misma en aquellos lugares donde él posaba sus dedos, su boca.

Malcolm atrapó entre sus manos su trasero y la levantó, colocándola sobre su cintura. Ella lo rodeó con sus piernas y él la llevó, sin dejar de besarla, a la cercana arboleda, a salvo de cualquier posible mirada curiosa. La apoyó contra un árbol y no dejó que posara más que una pierna en el suelo, se aseguró de que la otra siguiera rodeándolo. Marion lo dejaba hacer con la voluntad enajenada, dispuesta, anhelante.

Una de las manos masculinas subió por su pierna, acariciadora, despertando sensaciones desconocidas e irreprimibles en ella. Aquella tensión casi la hizo explotar en llamas cuando sus dedos alcanzaron su recóndita femineidad y la acariciaron dulcemente, con movimientos voluptuosos que arrancaron gemidos de la garganta femenina, y algo parecido a un rugido de la del hombre, cuando ella suplicó, gritó de pura necesidad de saciarse, de satisfacer un deseo que la consumía. Él obró maravillas con sus dedos y ella sintió morir de placer entre sus brazos.

Solo entonces él le permitió disponer de sus piernas, y ella tuvo asentarlas con firmeza en el suelo para no caer desfallecida, mientras él seguía dejando un sendero de besos en torno a su cuello.

Y cuando consiguió serenar los latidos de su corazón y que la sangre que recorría sus venas comenzara a apaciguarse, se atrevió a mirar a Malcolm directamente a los ojos.

—¿Podemos tener más de esto? —le preguntó pícara, aún jadeante.

—Tanto como desees.

Ella, que no era una muchachita tonta y a la que le habían robado un beso en más de una ocasión, no recordó haber sentido nunca nada parecido al deseo que experimentaba en presencia de aquel hombre, que había reprimido y ocultado hasta aquel momento, y que por fin había dejado salir para su plena satisfacción, puesto que ahora sabía, con seguridad, que era correspondida de la forma apasionada que siempre soñó.

—¿Y usted? ¿Qué desea, lord Stewart?

Malcolm se mordió los labios. El deseo palpitaba de manera dolorosa en partes de su anatomía encerradas bajo una gruesa capa de tela.

—Llámame Malcolm, querida. Lo que voy a pedir que me hagas requiere de cierta confianza.

Marion abrió los ojos, asombrada. Las pupilas le brillaron y reprimió a duras penas un gemido. El conde tomó una de sus manos y la posó sobre su pecho. La guio en sentido descendente hasta alcanzar su punzante masculinidad atrapada por el pantalón.

Miró dubitativo a Marion, pero esta era la viva imagen de la curiosidad y el deseo. Y la dejó hacer, dando alguna pequeña instrucción cada vez que el ímpetu se tornaba casi doloroso, envuelto en una nube de dicha y placer que prometía el paraíso.

Ambos volvieron a casa en el faetón. El caballo de Malcolm, amarrado detrás, al trote.

El conde la abrazaba, y la cabeza de la muchacha se reclinaba con abandono sobre el hueco del cuello del caballero, quien llevaba las riendas flojas, permitiendo que el animal fuera a su paso. No

tenía prisa por regresar. Adoraba estar junto a Marion, en aquel abandono que daba una ligera impresión sobre cómo serían sus futuras noches de éxtasis junto a ella.

La joven suspiraba de vez en cuando sobre su cuello y le daba pequeños besos, le sonreía mimosa, lo miraba con anhelo. Él ajustaba su abrazo, correspondía a su sonrisa, acariciaba su rostro, besaba su cabello.

No hablaron apenas hasta que vieron la silueta de la mansión Stewart acercándose.

—Llega el momento de dar la noticia —sentenció Marion.

—¿Tú crees que se sorprenderán? —se burló Malcolm.

—Apuesto que los Stewart no, pero ni imaginas los Trevelyan.

—¿Estás segura, entonces? ¿Crees que has tomado la decisión correcta? —Quiso saber el conde, preguntando tan cerca de su boca que apenas pudo esperar para besarla.

—Ya elegí a mi Stewart favorito y mi destino, y siempre fuiste tú.

Capítulo 21

Un año después

Lady Marion terminó de vestirse y se contempló al espejo para ver su disfraz al completo. Le había pedido a su madre que le llevara algunas prendas antiguas que conservaba en su residencia de Londres, y se las entregó en cuanto fueron a visitarlos en verano. Las había combinado con gusto intentando recrear a un hada del bosque, con un vestido en tonos verdes y azulados, mangas vaporosas y dos pequeñas alas que salían de la espalda. Sobre su cabello suelto se colocó una corona de hiedra, lazos y pequeñas flores. Le pareció que era un disfraz sorprendente, aunque no parecía dar mucho miedo. Le pediría a Malcolm algo de esa pintura que él usaba para reforzar su disfraz de guerrero. Llevaba todo un año deseando verlo con él puesto, aunque lo que el disfraz una vez le desveló ya ella lo había disfrutado a su antojo, recordó mordiéndose el labio, traviesa.

Le pareció escuchar el sonido de la puerta al salir el ayuda de cámara de la habitación de su esposo y supo que pronto acudiría a su encuentro.

Recogió el libro que le habían llevado Andrew y Arabella tras

regresar de su luna de miel, una primera edición de 1792 de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, y las cartas que había comenzado a escribir aquella misma tarde y que iban dirigidas a sus amigas Diana y Alice. Sus eternas amigas, a las que nunca olvidaría pese a la distancia, en las que seguía depositando su confianza y a las que esperaba volver a ver pronto, aunque su relación con sus cuñadas, la pizpireta Arabella y la dulce Anne, era estupenda y se habían convertido en inseparables desde sus respectivas bodas.

Mientras cerraba el escritorio, el pomo de la puerta que separaba las dos alcobas giró y esta se abrió permitiendo a Malcolm entrar.

—¿Ya estás lista, querida? —le preguntó con un brillo de admiración en sus ojos—. Estás preciosa.

Marion lo recibió con una sonrisa y una escrutadora y aprobatoria mirada de arriba abajo. Aquel atuendo de guerrero le sentaba a las mil maravillas.

—Vestido así podría imaginarte en cualquier batalla o en una de esas peleas en las que te metías de niño o cuando estabas en el internado.

—Me desahogaba participando en combates de boxeo, así que tuve ventaja en el internado. No necesité disfrazarme con las vestimentas de mis antepasados.

—Por fortuna, ya no tenemos que andar guerreando unos clanes con otros y te desahogas de mejor forma que utilizando tus puños —ironizó, mientras le colocaba correctamente el broche que le sujetaba el *plaid*, con una deliciosa sonrisa que hizo que su esposo contuviera la respiración ante su insinuación.

—No me has dejado decirte lo mucho que me entusiasma tu disfraz —le susurró al oído—, aunque me temo que vas a pasar un poco de frío —le advirtió deslizando un dedo por el amplio escote del

vestido, bajándolo hasta que consiguió acariciar uno de sus pezones con la yema.

Marion no pudo reprimir un gemido. El conde, inmisericorde, le besaba con delicadeza el cuello.

—Malcolm, los invitados... —le suplicó en un tono de voz que él conocía muy bien y que era el que usaba de manera inconsciente justo antes de rendirse, consumida por el deseo.

—Son nuestra familia, Marion, Andrew, Ian y sus esposas. No les importará esperar, y después nos marcharemos todos juntos al claro. Mientras, charlarán de sus cosas, del bebé de Ian, de alguna visita a la tía abuela Matilda, del pintor que vendrá para retratarnos... —Marion apenas escuchaba ya. Mientras Malcolm hablaba había continuado desgranando pequeños besos en torno a su escote, había apartado su cabello a un lado y había comenzado a acariciarle la espalda, para continuar el sendero de besos por la parte posterior de su cuello, por la delicada nuca y desatarle los lazos del vestido hasta que este, con alas incluidas, descendió por sus piernas y quedo abandonado a sus pies sobre el suelo.

Para entonces, los invitados, la celebración de Samhuinn a la que asistirían, el sermón del *provost* al que no debían llegar tarde y todo lo demás habían desaparecido de sus pensamientos. Malcolm tenía el poder de enajenarla por completo con las yemas de los dedos, con la voz y con sus labios; y cuando esto sucedía, solo quedaba rendirse a sus deseos.

El guerrero la levantó en volandas y la llevó a la cama, y ambos se aplicaron voluntariosos a la tarea de hacer honor a uno de los requisitos de la noche de Samhuinn: dejar libres los instintos, abandonarse a la lujuria y la pasión y contribuir a la oleada de nacimientos que se producirían nueve meses después.

Mientras ellos se entregaban al amor y al deseo, Ian y Andrew charlaban distraídos en la planta baja, acompañados por Anne y Arabella, todos disfrazados de una manera u otra. Se entretuvieron tomando un licor y hablando de los respectivos arreglos de sus cercanas viviendas. Malcolm había cumplido con la palabra de no dejarlos vivir en su casa tras casarse, pero les había proporcionado una vivienda cercana, para que nunca perdieran el contacto, y adecuada a su rango y necesidades.

—¿No creéis que tardan demasiado? —apuntó Anne en un momento dado—. ¿Tendrán algún problema con los disfraces?

Las miradas burlonas de Andrew e Ian se encontraron.

—No te aconsejaría que fueras a ver, querida —le advirtió su esposo.

—Oh...

Arabella alzó una ceja y Andrew le guiñó un ojo.

—Y pensar que no hace tanto se odiaban hasta el punto de que él no la soportaba y ella se quejaba del clima —recordó Ian.

—Sí, y, sin embargo, no ha querido viajar a Brighton este verano —recordó Arabella.

—Al final, su sangre escocesa ha resultado más espesa —sentenció Andrew—. Y se cumplió el deseo de nuestro padre, la nieta de la rebelde Mary Stewart ha vuelto al redil.

—Y con muchas ganas, por lo que parece —apuntó Ian, tras oír que una puerta se abría en el piso superior y los anfitriones salían entre risas.

Aquel fue el primer Samhuinn, de los muchos que vendrían a continuación, al que asistieron los seis juntos y que hicieron que se estrechara la amistad entre los vecinos de Rothes y los descendientes de los señores del antiguo clan. Aquella generación de Stewart contribuyó a reforzar los lazos entre señores y antiguos

vasallos adaptándolos a los nuevos tiempos; no en vano, Ian se había casado con una muchacha del pueblo y Marion se había convertido en una más entre ellos.

Y ya frente a la enorme hoguera de Samhuinn, tras el consabido discurso del *provost*, contemplando cómo las llamas se elevaban hacia el cielo y minúsculas ascuas volaban a su alrededor, Marion sintió la mirada de Malcolm posada sobre ella, reteniendo un fuego interior más ardiente e intenso incluso que el de aquella fogata y reconoció que no podría pedir más a la vida, pues, pese a su negación y su testarudez inicial, el destino la había recompensado con un amor tan abrasador y apasionado como siempre soñó en los brazos del mayor de los Stewart, su ardiente y caballeroso pretendiente escocés.

Fin

Nota de la autora

En principio Marion Trevelyan, al igual que Alice Coombe, iban a limitarse a ser las amigas de Diana Beauchene, la protagonista de *Latidos de pasión*. Las tres formaban un arriesgado clan que se divertía seduciendo y rechazando a caballeros que no las merecían. Las interacciones de Marion y Alice con Diana me descubrieron a unos interesantes personajes que merecían algo más que papeles secundarios, por lo que, animada también por las lectoras, me decidí a escribirles sus propias novelas, sus propias historias de amor.

Marion se merecía mostrar su carácter y forma de ser y encontrar al galán que la enamorara de la forma tan arrebatadora con la que soñaba. Espero que os haya gustado su novela y el caballero elegido, Malcolm Stewart. Ojalá haya conseguido que ambos, novela y amante, hayan estado a la altura de vuestras expectativas.

Ahora espero ofrecerle a Alice Coombe, la amiga de menor edad, de carácter dulce, tímido e incapaz de ocultar sus sentimientos, una novela que sea de su estilo, que os enamore y os entretenga. Si todo va bien, asomará en mayo.

Y como siempre, espero que nos volvamos a leer entonces. Ya sabéis cuánto os agradezco que me acompañéis novela tras novela.

Y a mis nuevas lectoras, bienvenidas, deseo que estas páginas hayan sido de vuestro agrado y continuéis a mi lado.

Ya sabéis que podéis encontrarme en redes:

Instagram: @Evangeline.cruz_

Facebook: Evangeline Cruz

Marion Trevelyan no tiene la menor intención de casarse… y mucho menos con uno de sus tres primos escoceses.

El problema es que aquellos «salvajes» que conoció en su infancia han crecido, y ahora son hombres irresistibles, con sonrisas peligrosas y miradas capaces de hacer temblar hasta la voluntad más firme.

Escapar de un compromiso nunca fue tan complicado… ni tan tentador.



Marion es una joven inteligente, ingeniosa y dueña de una voluntad

inquebrantable. Cuando sus padres deciden **imponerle un matrimonio de conveniencia, en el que deberá elegir a uno de sus tres primos escoceses**, se niega en redondo. Solo conserva de ellos una imagen poco favorecedora —niños salvajes, toscos y rudos como el clima escocés.

Decidida a conservar su libertad, Marion traza un plan: **hará que ellos mismos la rechacen**. Usará su astucia, su carácter indomable y cada recurso a su alcance para asegurarse de que ningún Stewart desee convertirla en su esposa.

Pero cuando llega a Escocia, descubre que aquellos muchachos desaliñados se han transformado en **caballeros apuestos, enigmáticos y peligrosamente seductores**. Su plan, tan perfecto en teoría, comienza a tambalearse entre sonrisas que desarman, secretos y malentendidos que la enfrentan a su propio corazón.

Marion está convencida de que regresará a casa sin compromiso alguno…
Hasta que un beso robado y una atracción que jamás planeó sentir ponen a prueba todo lo que creía saber sobre el amor, la pasión y los deseos.

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.

Ha sido ganadora del XIII premio internacional HQÑ, de Harper Collins Ibérica, con la novela *Escríbeme si en tus sueños me encuentras*.

Publica con asiduidad en Selecta, el sello de romance digital de Penguin Random House. Algunas de sus novelas más reconocidas son *Seducción escocesa, Un castillo en las Highlands, La tentación del capitán, Bajo el hechizo de la luna escocesa*…



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Evangeline Cruz
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-90-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] La novela de Diana, donde se cuenta su historia de amor y aparecen las tres amigas por primera vez, ya está disponible en Selecta con el título de *Latidos de pasión*.

Índice

Tres pretendientes para Marion
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Evangeline Cruz
Créditos
Notas